

Germignani, Alfredo

Putin vencerá / Alfredo Germignani; Guido Moussa.

- 1a ed. - Barranqueras: Agustina Bartoli, 2022.

122 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-88-4224-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas de Ciencia Ficción. I.

Moussa, Guido. II. Título.

CDD A863

Dirección Editorial: Alfredo Germignani

Ilustración, Arte de Diseño y Maquetación: José Bejarano

Foto de Autores: Laura Anahí Aguirre



Literatura Tropical

literaturatropica@gmail.com

www.literaturatropical.com

Este libro se terminó de imprimir en el mes de abril del año 2022 en Buenos Aires.

Editado en Chaco. Impreso en Argentina.

Hecho el depósito de la Ley N°11.723

©Todos los derechos reservados.

PUTIN VENCERÁ

UNA NOVELITA RUSA



LITERATURA TROPICAL

PUTIN VENCERÁ

UNA NOVELITA RUSA

Guido Moussa & Alfredo Germignani

“Si escuchas mi disco y
no eres gay, debes
fingir que lo eres”.

RÓISÍN MURPHY



1

—En primer lugar, no me explico la paciencia del señor Putin. Miedo, el señor Putin no tiene, así que por miedo no fue. Pero la verdad Funes, ¡qué paciencia tiene Vladimir!

— ¿Por qué lo decís? —quiso saber Funes.

—Tendría que haber bombardeado a esos payasos ucranianos por lo menos dos o tres años antes. Son una amenaza para la humanidad —concluyó Litter.

—Putin vencerá, Litter. Putin vencerá.

Litter dijo que sí, que ciertamente Putin vencerá, pero no estaba seguro como jamás estaba seguro de casi nada en su fuero íntimo. Hoy estaba seguro, mañana ya no, o peor aún creía absolutamente todo lo contrario. Se cuidaba bien de expresarlo públicamente, por supuesto.

Alberto Litter decidió que era un buen momento para escuchar Barry White y le dio PLAY a la aplicación de música demodé que se negaba a reemplazar y a la que nutría con su propia nube de datos convenientemente conectada a Subtrópico Profundo, al tiempo que mandaba señal al aire. “You’re the first, the last, my everything” le hizo pensar en el negro gordo y bonachón con la voz de oro. Qué pena. Rusia sería incapaz de producir algo



así de hermoso —pensó—, así de sensual y desmesurado como Barry White. Y pensar que ahora todo pendía de un hilo, que nada, ninguna grabación ni de Barry White ni de Elvis ni de The Cure o Pink Floyd o lo que sea quedaría, sepultado todo que fuera bajo el invierno nuclear. Y todo por culpa del bufón de **Volodimir Zelensky**. ¿En qué momento creyó que podía montar su fiestita disco justo a las puertas del Gran Imperio Ruso? ¿En serio pensó que no iba a pasar nada, que Gran Domador de Osos se iba a quedar mirándolo hacer sus monerías occidentales sin mover un dedo?

Pensaba eso cuando el encanto se rompió al asociar Litter el riff del hit de Barry White con Jorge Rial, periodista de chimentos devenido en periodista serio primero y periodista a secas últimamente que solía utilizarlo como cortina para su gran entrada al estudio del programa de chismes y rumores que conducía por la siesta en Canal 2 de La Plata. Fue horrible aquel pensamiento. Litter pensó en todas las tardes que pasó mirando *Yo me quiero casar ¿y Usted?* de pequeño en la casa de sus abuelos y le entraron unas ganas terribles de llorar. ¡Cómo se había evaporado el tiempo! ¿A dónde había ido a parar todo? *Me cago en la puta leche*, se dijo a sí mismo.

Estaba en un momento de su vida en que no podía detenerse a pensar mucho en este tipo de pequeñeces devastadoras: un divorcio, una hija y cinco trabajos lo habían convertido en el personaje de *Fuego a discreción* la novela de Dal Masetto, sólo que completamente misántropo, sin mucha gracia y mal escrito, por supuesto.

Litter resistía muy bien a la decadencia física, siendo ese tal vez el último valladar ante la posibilidad del

abandono. Litter no quería envejecer mal como el 99% de las canciones disco.

—En mi opinión Litter, los rusos van a ganar. Putin vencerá.

—Pero jamás tendrán para su guerra una banda sonora como la de los norteamericanos para su guerrita en Vietnam. Y eso Funes ¿sabés por qué es? —a Litter se le vino a la cabeza el hit de Temps & Eddie Kendricks “Papa was a Rolling Stone”.

—...

—Eso es porque son reprimidos, reprimen a les artistas. Todos sus grandes artistas fueron homosexuales que terminaron asesinados o muertos. Hay mucha represión. Les ruses nunca podrían tener un Duane Eddy, un Chuck Berry. Les falta gracia. Están muy serios. Esa gente está muy seria todo el tiempo. Se toman muy en serio la heteronormatividad. Y cuando se sueltan, se van de mambo Funes. Se zarpan, porque estuvieron demasiado tiempo reprimidos, como la chica Gainsbourg en *Ninfomanía*, esa película rara y provocativa del talentoso abusador nórdico Lars Von Trier.

— ¿Y eso por qué es Litter?

—Qué cosa Funes.

— ¿Por qué son tan serios?

—Y... en primer lugar diría que porque están lejísimos. Rusia queda muy lejos. Y en segundo lugar porque hace mucho frío allá en Rusia, y está comprobado que cuando hace mucho frío uno tiende a endurecer más la jeta, razón por la cual es más complejo poder reírse.

—Interesante, por eso Dostoyevski sale tan duro en las fotos, qué loco. En otro orden de cosas Litter, ¿podés mencionar algún otro ejemplo para fundar esta opinión



sobre la sexualidad del arte ruso?

Litter manoteó su smartphone y buscó en Google: *artistas rusos homosexuales famosos*. Google dijo: *se muestran resultados para “artistas rusos homosexuales famosos”*.

—Bueno Funes: tenemos el caso de Lena Katina y Yulia Vólkova, dos adolescentes rusas que se hicieron famosas por canciones provocativamente lésbicas.

— ¿Murieron? —intercaló Funes, algo preocupado.

—No Funes, no lo sé, pero sí sé que su carrera se desplomó al ocaso cuando se supo que en realidad eran heterosexuales. La Vólkova, quien dice ser bisexual, declaró en la televisión que nunca jamás amaría a un hijo gay. Dijo que ella lo condenaría porque un hombre debe ser un hombre de verdad. Dios creó al hombre para procrear, es su naturaleza. El hombre es fuerza, dijo la Vólkova.

Barry White terminó y Litter enganchó una canción de George Michael, uno de sus artistas favoritos. “Cowboys & Angels”. Litter pensaba a menudo en George Michael, sentía una conexión muy profunda con el señor Michael que no podía explicar ni tenía sentido. Pero como nada, en definitiva, tiene sentido y lo único que cuenta es el goce, no importaba demasiado cargar también esto de sentido. Últimamente Litter pensaba que la literatura se destruye cada vez más a medida que se la va cargando de sentido. Se rellenan sus columnas con más de lo que puede soportar y entonces ¿qué clase de columnas son esas? Canon y Academia no paraban de volcar baldadas de concreto en esas columnas y a fratachazo limpio emprolijaban su Torre de Babel con obsesión y disciplina castrenses. Funes estaba de acuerdo. Al menos en parte. Él nunca estaba de acuerdo *en todo*. Él siempre estaba

de acuerdo *en parte*. Cuando llegaba a la parte en la que empezaba a no estar tan de acuerdo e iba progresivamente dejando de estar de acuerdo en absoluto, se quedaba callado, encendía un porro y se iba para adentro.

Funes encendió un porro so especial de su cultivo personal Kalashnikov Seeds con premeditada fruición chupó y dijo:

—Putin vencerá.

Sin levantarse, con la puntera de goma de sus zapatillas negras sin marca sintonizó Canal 9 de Resistencia en un pequeño televisor de tubo que tenían arrinconado contra uno de los vértices en la habitación del búnker donde entre cables y electrodomésticos obsoletos cubiertos de polvo, consolas, parlantes en desuso y fichas y fichitas de todo tipo, clase y color, transmitían todos los viernes un programa de radio que nadie jamás escuchaba y donde difundían mensajes advirtiéndole sobre la enfermedad de la homosexualidad, los planes imperialistas de Estados Unidos, beneficios y ventajas del consumo de drogas, la necesidad de defenderse como titulares del derecho a tener armas en la casa y de paso leían documentos oficiales robados, aireaban grabaciones comprometedoras y recitaban fragmentos manuscritos de ciencia ficción, todo para consumo personal. El programa se llamaba *Radio Zeta*.

Litter miró el primitivo contador de audiencia, un tablerito con dos dígitos que mostraba cuántas personas estaban escuchando el programa. Decía 02. Una persona estaba escuchando el programa, la otra era la computadora de su propia casa que Litter dejaba encendida para generar un laberinto de ecos superponiendo bandas sonoras y generando espantosos chillidos que, según



su opinión, no hacía más que demostrar que sin orden todo es horrible, pero al mismo tiempo vivir en el caos es muy difícil sino imposible, aunque convenientemente más cómodo.

En Canal 9 daban una reposición de *Sábados Tropicales*. Era como el momento *Volver* de Canal 9 donde rendían homenaje a sus viejas y coloridas glorias. Lo tenían que hacer ellos mismos porque nadie más rendiría homenaje a ese bazar infernal que era y había sido siempre su programación. Del diminuto bañito en ruinas que había en otro de los rincones de la habitación, llegó un quejido sordo, como apagado por trapos. Litter miró a Funes pero Funes ya estaba drogado dejándose llevar por el *jazzy feelin* del señor Michael y él cuando se drogaba no conectaba mucho con nada y menos aún con sus responsabilidades. Pero Funes sabía lo que pensaba Litter así que cazó el pensamiento con la mirada y sin moverse ni dejar de fumar dijo:

—No sé por qué pensás Litter que es mi responsabilidad que este pelafustán se calle y no haga quilombo.

—Nos puede comprometer Funes. Puede comprometer la operación.

—Tranquilo Litter, Putin vencerá. Mirá si alguien va a armar despelote por este tipo. Bueno, puede ser que alguien sí, pero en todo caso ...

Funes estiró sus palabras y sacó de un bolsillo de su camisa habanera color caqui, demodé como el Winamp de Litter, una hoja cuidadosamente doblada en numerosos pliegues. Los desplegó y comenzó a agitarla ruidosamente en la cara de Litter:

—...en todo caso Litter... ¡¡Tengo esto Litter!! ¡¡Tengo una copia de este decreto del Señor Gobernador con

el que pienso requerir una orden judicial para detenerlo y no creo que haya llegado en este país sin armamento nuclear quien se anime a incumplir los mandatos del gran y legendario Partido Judicial!! El Partido Judicial jamás permitirá que el peronismo acceda a la bomba atómica. Así que no me jodas, no es mi responsabilidad. Me la paso cargando cosas, cajas, parlantes, equipos, cables en nuestras presentaciones y vos no hacés nada. Sólo te quejas. Nunca hacés nada. No entiendo qué es lo que hacés. No hacés nada me parece. Si tuviera que hacer una lista de cosas que hacés vos y cosas que hago yo, la lista de cosas que hago yo estaría acá —Funes marcó un punto imaginario casi un metro por arriba de su cabeza pelada— y la tuya estaría acá —Funes se señaló los tobillos—: yo acá, vos acá, yo acá, vos acá.

Litter pensó ¿por qué mezclar estas desavenencias domésticas en la trama? Desde que Funes había escrito *Mary Elizabeth Superstar*, una novelita donde daba rienda suelta a su amor por Mary Elizabeth Winstead en reemplazo de Scarlett Johansson, Funes tendía a comportarse como Tom Cruise en esa película que coprotagonizó con Cameron Diaz, llamada *Encuentro explosivo*.

Litter no se detuvo a controlar los sellos ni la membretería de aquél supuesto decreto, pero a simple vista no parecía para nada legal. De todos modos, la legalidad no es precisamente una virtud cultivada por el Partido Judicial, pensó Litter para dar por zanjada la cuestión que se había suscitado en su interior. Litter había pasado un par de años por la carrera de abogacía así que era proclive a enroscarse con las cosas.

Funes le pasó el porro y Litter pitó y pitó y pitó. Tragó el humo y lo conservó casi 43 segundos en sus pulmones.



Al toser pareció que iba a explotar y todos sus adentros irían a salirse hacia afuera, vomitados violentamente. ¡Al fin libre!

—Mirá Litter, tranquilizate y mirá —dijo Funes mientras con pie corrió un poco el mantel de la mesa que ocupaba el medio de la habitación. —Putin vencerá. ¿Sabés qué es eso Litter?

Era una puertita Jonbar.

—Putá madre —dijo Litter—, ¿no estaba eso acaso en La Vaca Atada, Funes?

—Sí. Pero ya no engordamos con esos grasientos sándwiches de milanesa. Esta es la temporada diez Litter. Ya somos grandes. Alcohólicos acaso. No creemos en la industria ni en el éxito. Los tiempos cambiaron Litter. Claramente cambiaron.

—Pero si volvieron los Guns ...

—... ¿por qué no vamos a volver nosotros? —completó Funes y volvió a dejar caer esa cortina improvisada que tapaba la puertita Jonbar que había en el estudio de la radio on line del Centro de Aparatos Culturales en pleno casco céntrico de Subtrópico Profundo.

2

Volvieron al aire y Funes se acercó al micrófono como si fuera a darle un lengüetazo. Con una voz impostada que lo hacía sonar como un oscuro caballero español, dijo:

— ¡Muy buenas noches! ¡Sean todos bienvenidos a Radio Zeta, temporada número Diez! A partir de este momento, estás... en sintonía con los muertos...

Alguien golpeó la puerta de chapa aparatosamente. Se escucharon tres estampidas. Era el operador de la radio. El señor Cáceres. El señor Cáceres simulaba respeto y hasta cierta admiración por Funes y Litter (mucho más por Funes que por Litter) pero en secreto, los despreciaba. No tenía razones para ello, porque no hacen falta razones para despreciar a alguien con todo tu corazón. Es más: no hay mejor desprecio que el que se irradia porque sí sin más.

Por supuesto todo desprecio secretamente tiene alguna causa que a veces ni víctima ni destinatario del desdén y vilipendio conocen a ciencia cierta, racionalmente. Pero en su interior algo les dice a uno y otro que tal o cual, fulano o mengano por alguna razón desconocida es un tipo o una tipa de mierda, despreciable. Y es tan terri-



ble esa causa que no es posible descifrar y que algunas células gritan a viva voz desde lo más profundo del organismo que mejor ni averiguar y pasar directo al odio.

Pues el señor Cáceres cada vez que podía interrumpía la operación de Radio Zeta para preguntar a Funes y Litter si necesitaban algo, cuando tanto él, el señor Cáceres como Fernando Funes y Alberto Litter sabían muy bien que ni Funes ni Litter ni Radio Zeta necesitaban absolutamente nada del señor Cáceres, que interrumpía con esa excusa sólo para espiar las actividades de Funes y Litter en el misérrimo estudio radial del Centro de Aparatos Culturales con la esperanza de hallar algo que le permitiera radicar una denuncia que sacara de ahí y limpiara para siempre del mapa a esos dos drogadictos buenos para nada.

Litter lo vio y como un gato al que acaban de tirarle un baldazo de agua helada, sintió erizarse sus pelitos y le dio duro al pote que daba volumen al retorno demencial que usaban en el estudio, también a modo de generar ecos y reverberancias que en definitiva se confundían todos en un chillido horrendo que impedía entender del todo casi que cualquier cosa que dijeran, comentaran o leyeran en ese programa de radio que nadie escuchaba pero que por alguna razón llevaba diez temporadas *al aire*.

Algo del todo inexplicable pero muy real.

Al ser recibido por el chirrido, el señor Cáceres arrugó la jeta como si un enano diminuto le hubiera aspirado el colon. Soltó el picaporte y se tapó los oídos. Litter no le creyó. Era simplemente una manera de decir ¡qué fea su música chicos! para de ese modo afirmar que su música era mejor, que él hacía verdadera radio y que eso

que hacían Funes y Litter no era radio. Y es que el programa del Señor Cáceres había llegado a tener una vez como doce oyentes, el récord de audiencia para la radio del Centro de Aparatos Culturales. Así como el famoso editor Pol Nigrow había dicho alguna vez que lo que

escribían Litter y Funes no era *Verdadera literatura*. A Litter no lo convencía porque sabía de primera mano que el señor Cáceres había escuchado cada porquería en su larga vida al servicio del rock local que no podía venir a hacerse el fino ni el amante de Handel ahora que las cartas ya estaban echadas y todos podían morir en cualquier momento. Todes, inclusive el señor Cáceres, tenían algún muertite en el plácard en el Subtrópico.

Litter le gritó:

—¡Fascista nostálgico de la dictadura y Almafuerte!
—pero el ruido era tal que el señor Cáceres no escuchó y se limitó a devolver con la mano izquierda el saludo que creyó le estaba prodigando Litter.

Funes levantó los hombros y haciéndole gesto de mon-toncito le preguntó:

— ¿Qué Cáceres, qué? ¿Qué pasa ahora? ¿Por qué venís a rompernos las pelotas a nosotros que no le jodemos la vida a nadie, eh? ¿Querés denunciarnos? ¿Querés denunciar la falopa? —Funes agitó una tuquita y Litter pisó el pedal con el que accionaba la máquina de humo que llevaba a todas partes—. ¡Te quedarás con las ganas, pelotudo! —gritó Funes y soltó una risotada.

Litter hizo el gesto del degüello para hacerle saber al señor Cáceres que por favor se retirara, que estaban prontos a salir al aire.



Con una sonrisa y algo desconcertado, tal vez un poco más enojado que antes, el señor Cáceres cerró la puerta y se retiró tan infructuosamente como había llegado.

George Michael se había fundido en el horrible y rabioso graznido que generaba abrir los micrófonos en la misma habitación donde dos demenciales parlantes daban retorno a Litter y Funes. Litter compensó los pots, apagó el retorno y lo pasó a los auriculares y del caos emergió límpido y potente el sonido del Coro del Ejército Rojo dirigido por Alexandrov.

— ¡Putin vencerá! ¡Putin vencerá! ¡Putin vence-ráaaaaaa! —aulló Funes al micrófono.

El Señor Gobernador —que estaba justo en ese momento escuchando el programa a través de una aplicación especialmente diseñada para su smartphone cuyo algoritmo micro-segmentado se anticipaba al deseo y le enviaba notificaciones de palabras claves y hashtags que tuvieran que ver con la operación militar rusa y por esas putas cosas random de los softwares berretas que circulaban en el Subtrópico, enganchó ese día en ese segundo instante Radio Zeta—, se sobresaltó, como si el ejército ruso hubiera invadido la provincia del Chaco repentinamente y sin previo aviso.

— ¿Qué creían pusilánimes? ¿Qué la gran Unión Soviética moriría así nomás? ¿Qué se quedarían sin agua, sin gas y sin petróleo merced a los embargos de Occidente y se dejarían morir? ¿Acaso pensaron que no vendrían a tomar de nosotres lo que nosotres pretendemos quitarles?

El Gobernador estaba encerrado en su cuarto privado de la Secretaría General de la Gobernación. Llevaba unas horas aislado, víctima de una crisis de nervios. El

riesgo de una conflagración bélica mundial de características atómico-nucleares lo tenía a maltraer. Pero como las cosas las hacen los que hacen las cosas, no permitió que el terror lo paralizara y ese mismo día encargó, telefónicamente, al Súper Ministro de las Finanzas Ideológicas, Magister Edilberto Núñez Azcuénaga, que diera inicio, sin licitación ni qué ocho cuartos, a la compra de tecno-logía nuclear obsoleta a nuestros hermanos chinos.

Funes hizo un gesto pidiendo una canción. Litter le dio PLAY a Güero Canelo, por Calexico. Los dos se quitaron los auriculares. Los quejidos del bañito habían cesado.

— ¿Querés saber qué pasó Litter? ¿Querés saber? Porque está todo escrito, ya pasó todo Litter, hace mucho tiempo ya pasó todo.

Funes corrió la cortinita con el pie y ágilmente se deslizó debajo de la mesa, abrió la puertita y se asomó. Hizo un gesto como de un mago invitándolo a Litter a seguirlo.

— ¿Querés saber qué pasó Litter?



3

El Gobierno sobrevive a base de memorándums, decretos de necesidad y urgencia, disposiciones reservadas, actuaciones simples y designaciones a última hora que ya no sorprenden a nadie. ¿Qué importa qué año es? El Gobierno se deteriora rápido y va perdiendo el control sobre cada vez más barriadas. Negocia con pastores y narcos y la suerte de los vecinos queda sujeta a un nuevo orden específicamente barrial que negocia en nombre del barrio con las autoridades militares apostadas en los retenes que garantizan la circulación controlada por la ciudad. Florecen cacicazgos severos aquí y allá. Si lograste llegar, por caso, al Paykín, saben que sos de Villa Itatí y que cruzaste toda la avenida Las Heras con un paneo efectivo a los ojos, te sacan hasta el DNI metiéndote un tinguillá detrás de la oreja. Sí, el año importa. Pero, si vamos al caso, no importa, en esta novelita rusa, qué año es: no importa. Puede ser cualquier año. El futuro, sin duda. Capaz 2375, el año. Capaz más. Capaz menos. Salvo este sistema de trazabilidad, como el dinero no alcanzó para toda la tecnología reptiliana que tenían a la venta los chinos (socios minoritarios de los draconianos) la mayoría de las cosas se hacían de forma manual y con



buena voluntad, a muy bajo costo.

Les que aún pueden hacen lo que se debe para ganarse el sueldo y cada uno se salva como mejor le quede. No progresa el que no quiere. No trabaja el que no quiere. El pobre elige ser pobre. Es el país de las oportunidades. Libertad total. Ya lo dijo el gran constructor de la Argentina moderna, don Julio Argentino Roca, en 1880, cuando asumió la Presidencia de la Nación: “Nada grande, nada estable y duradero se conquista en el mundo cuando se trata de la libertad de los hombres y del engrandecimiento de los pueblos, sino es a costa de supremos esfuerzos y dolorosos sacrificios”. La Historia toda desde los cavernícolas hasta acá es la Historia de un Gran Sacrificio cargado a espaldas de los ñeris.

Después de la pandemia, encima, nos sumamos el problema de la guerra. Porque no es lo mismo decir *encima* entre comas que sin comas. Decir, por ejemplo: “Después de la pandemia encima nos sumamos el problema de la guerra”, y decirlo, así, sin comas. Hay guerras que empiezan porque asesinaron a un archiduque y otras que empiezan porque faltan las comas.

Esta mañana ejecutaron a tres jovencitos por putos. Pero, no sólo por putos per se, también les vieron cara de rusos. ¿Raro no? Porque acá todos tienen jeta de indio. Sea como fuere, los lanzaron desde la azotea de Casa de Gobierno frente a la Plaza de La Victoria. Fue un gran espectáculo, transmitido en vivo por streaming a todas las redes sociales enchufadas a Subtrópico Profundo, con música de Piotr Ilich Chaikovski, Sinfonía nº 6, en mi menor, op. 74, “Patética”. Chaikovski, otro fenomenal artista ruso homosexual.

Había mucha gente enchufada a Subtrópico Profundo.

Nadie tiene nada mejor que hacer que mirar una aburrida ejecución burocrática. Miles de likes en pocos minutos. Mucho scroll y poca lectura de Turguénev, por eso está como está Occidente. Turguénev, otro fenomenal artista ruso homosexual.

Disturbios en el gueto de los homosexuales, gitanos y ra-ros. Ellos no reclaman cosas serias, como los intelectuales, que viven quejándose de que la tecnología de avanzada tan profetizada acá nunca llegó y que el calor y el sopor de la humedad son demasiado como para tener que soportar eso y además el deber de cargar con dos o tres empleos para poder subsistir como *intelectual*. Que eso no es justo y que hay que matarlos a todos, pero en democracia. Intelectuales: tortuga adelante tortuga atrás. Poca contricción al laburo y muy propensos a la queja permanente, algo que desalienta a cualquiera. La clase intelectual engordó mucho. Aunque tal vez siempre fue fofa, la clase.

La Gran Guerra lleva años. Algunos se enrolan y marchan al frente. Van desfilando. Lucen estrellas federales y divisas punzó en sus pecheras antibalas. Un túnel de aplausos sordos y emocionados les acompaña como acompañó Ray Manzarek a Jim Morrison como acompañó Robin a Batman como acompañó Verlaine a Rimbaud como acompañó la Maldita Lisiada a Fernandito como acompañó Thelma a Louise... Van a combatir al enemigo, más allá del río, al otro lado del monte espeso que protege la ciudad, van y mueren como moscas les valientes de nuestra generación. Se escriben poemas épicos en su honor y se presta servicios en doble turno en su día. Los feriados son al revés: se trabaja el doble. ¿Qué clase de homenaje es el ocio? Hay gente a la que



le pagan por llorar constantemente en las redes sociales y salones de la fama a los héroes militares anónimos que la palmaron por todes nosotres. Cuerpos y cuerpas son arrojados río abajo para contaminar las aguas de las que bebe el enemigo correntino. No parece surtir gran efecto. No se terminan de morir (tampoco nosotros) jamás.

Trenzados de todo tipo son plasmados en rugosas hojas de papel membretado de 120 gramos que se folian, certifican y archivan obsesivamente en biblioratos de cartón organizados por número de expediente en orden creciente. Las formas gozan de buena salud incluso en la debacle institucional. La información de interminables encuestas, consultas y formularios es procesada por súper computadoras que ayudan a las autoridades a tomar las mejores decisiones, como Donald Rumsfeld durante la guerra de Vietnam y la invasión a Irak. No se puede prescindir de ninguna ayuda que podamos recibir de las supercomputadoras ni tampoco se puede descansar porque a la naturaleza le tomaría, así rota y todo como está, cinco años para recuperar lo que le quitamos, según un documental de Discovery Channel. Al triunfo de los sobrevivientes le sobra la Historia. A la derrota de los muertos les falta la Honra. Cuando asumimos que no teníamos nada mejor que hacer ya era demasiado tarde.

La muchachada Neo Thule tiene su bunker a unas pocas cuadras de la Catedral. Esos mamertos sí que saben pasársela bien. Se divierten a lo grande, el pobrerío les teme y de ellos no se habla. Cada tanto chupan gente y la desaparecen. No hay escándalo. A la prensa le preocupan otras cosas, como el tema de esos rugbiers, todos chicos de familias conocidas, que violaron a una piba en una fiesta grupal en Mendoza. Al parecer estaban festejando

la obtención de un campeonato y algo salió mal. Cosas que pasan, dicen las voces conciliadoras. Basta de grieta, necesitamos estar unidos. La condena social es más correctiva que la condena legal, es la opinión generalizada; aunque no puede perderse de vista —dicen otros— que ... nenes de mamá, putitas y fiesta son una combinación peligrosa y que los rugbiers en particular son gente a la que se les enseña desde niños que se pueden bañar todos juntos en el club, y todo esto sin entrar a considerar lo atinente a la moralidad de la víctima, lo que nos llevaría a preguntarnos por qué hay tantos casos similares, no sea que descubramos que las mujeres se sienten atraídas por tipos machos, rudos, recios y campeones.

Hoy en día, dicen, es muy común eso de echarle la culpa al *machismo* y el *patriarcado*; arrepentirte y tener cargo de conciencia por haber hecho algo que no querías después de una noche de alcohol, luces de colores y mucho micro-dancing no quiere decir que te hayan violado, ¡ni siquiera se sabe si la chica tuvo relaciones sexuales con todos, por el amor de Dios! A lo mejor la piba, por muy drogada que haya estado, quería en ese momento estar con muchos para tener más orgasmos y no tiene nada de malo si ella así lo decide por ser una mujer en edad legal, tiene derecho a tener la cantidad de orgasmos que le dé la gana. Yo conozco a muchos y muchas que con unas copas encima se cepillan a unes a otros al mismo tiempo. En este mundo nadie es tan malo ni tan santo. No hay por qué andar pensando siempre mal de la otra gente.

De lo que no le quedan dudas a nadie es que dentro de un par años, con mucha suerte, estos rugbiers van a ser unos perfectos mariquitas. Claramente se trata de



una conspiración contra el noble deporte de la caballeridad, el respeto y los terceros tiempos: el rugby. La judería y sudaquería internacional se ensañan contra los rugbistas y crean prejuicios, total, como dijo Einstein: “Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio”. O algo así. Puede ser que los chicos del rugby sean un poco abusivos con las mujeres, que les guste andar en la trapisonda o que eventualmente alguno se dedique a secuestrar gente en countries para cobrar rescate o que eventualmente se les diera por moler a patadas y trompadas a algún negrito a la salida del boliche en el after sólo para exhibir que siempre se puede ser más macho en la gresca si la pudren bien podrida en patota; pero todo eso es circunstancial e hipotético, creo que lo más grave es que no ganan nunca, con todo respeto: son crotos. Ahí tienen a los benditos Pumas: eternos perdedores, eternos campeones morales. Creo que lo mejor que festejaron alguna vez fue un tercer lugar en un campeonato pedorro. Si no es por sus sistemáticas derrotas por goleada este deporte aparece fuera de las noticias deportivas por dos motivos: peleas campales o violaciones. Sin embargo, y esto me sume en la duda, yo tengo un amigo rugbier que es buena persona.

La inestabilidad es un hábito más. No habrá derrota, tampoco triunfo en esta guerra. Grupúsculos disconformes propagan entre los jóvenes ideas disolventes. Pontifican el atentado personal como la primera y última solución. En las discotecas clandestinas sólo se escucha hip hop, IDM, breakbeat y abstract noise. Tristes sótanos mohosos y mal iluminados donde respirar mata regentados por identidades binarias anacrónicas, códigos inservibles que el procesador central ni siquiera reconoce

como tales. Despachan, esqueléticos, bebidas ilegales calientes que intelectuales, escritores, periodistas, críticos, ensayistas y presentadores, filósofos, poetas, académicos, docentes y miembros en general de la gran y distinguida familia de las letras consumen para amenizar sus debates cuasi ilegales que a nadie importan y en nada inciden como jamás en realidad han importado o incidido.

No sé qué me deprime más: si la familia o los chicos del café asiático y su maldición de lloronas.

Soñé con Astrid. Estábamos abrazados, en una cama vestida con sábanas de algodón, desnudos, mirándonos a los ojos. La extrañaba mucho. En sus ojos había silencio y tristeza. Una despedida. Mi infancia.

Todos hablamos parecido, todo es parecer y a nadie le importa nada.

Sentado en el piso, con la espalda apoyada contra la pared fumaba un porro de mi propia marihuana digital, cultivada en mi jardín secreto, encriptado en 320 kbs, en estado de semi felicidad clandestina, en el corazón del anacrónico futuro, pensando, al cabo de soñarla, en Astrid, cuando Alfredo se materializó en el living de mi monoambiente en la villa Crematus. Holográfico y tranquilamente crispado, agitando una hoja A4 (pude notar que el papel llevaba los dobleces de una hoja que fue en-sobrada) se despachó con una parrafada que no alcancé a entender. Radio Zeta Temporada Diez. Compra de tecnología nuclear obsoleta. Obra social. Y Magister Edilberto Niñez Azcuénaga. Creo que dijo todas esas cosas, tal vez no en ese orden.

—COMPRÁ UNA BOTELLA DE AGUA OXIGENADA Y UNA BOLSA MORTUO-RIA EN FARMACITY — también dijo y se



desmaterializó, sin despedirse, tal como era su costumbre.

Dejamos de creer. Invertimos toda nuestra fe en la desmaterialización, la promesa de un futuro mejor. Todos tenían, a su modo, razón. Un terrible monobloque sin sentido en medio de ninguna parte, sin respuestas, puro vacío condensado, aguardando estallar, creciendo, desarrollándose, evolucionando hacia su último destino, su teleología sencilla e implacable.

Dejamos de creer. Luego dejó de ser importante. Luego dejó de importarnos. Sálvese quien pueda. Sálvense los mejores. Salvémonos nosotros. No quedarán ni cucarachas patas al cielo. El monobloque sin sentido nos absorberá a todos, nos chupará y no quedará ni esto, nada, ni olvido. Y entonces, ahora: todo ¿para qué? Y al principio, el origen: ¿para qué? Todo esto, desde siempre: ¿para qué? Mientras tanto, todos en lo mismo de siempre: trabajar, la general, ir apagándose. La nada victoriosa. El vacío se expande.

Los chinos le vendían tecnología nuclear a quien quisiera pagarla; bombas obsoletas, pero aún con suficiente capacidad para destruir masivamente, a duras penas y al cabo de largas agonías, sí, pero destrucción al fin, que es lo que cuenta. Doscientos palos verdes el kit de exterminio atómico. Los estaban regalando a ese precio: se los querían sacar de encima pues ya los habían reemplazado por tecnología atómica de avanzada.

Compramos eso, nos endeudamos hasta el cuello, emitimos bonos de la deuda pública y suscribimos pactos internacionales comprometiéndonos a donar a las industrias chinas cuatro generaciones de nuestros niños que ellos necesitaban para fabricar chucherías de plás-

tico que exportaban a todo el mundo en enormes transatlánticos cargados hasta el moño con containers que Maersk llevaba en todas direcciones allende los mares. No llegamos a cumplir con ese acuerdo y de los chinos no supimos más nada. Nuestros enemigos más directos, los correntinos, también compraron tecnología nuclear berreta a los chinos; nuestros vecinos no pensaban hundirse sin antes intentar despacharnos a nosotros con sus propias bombas nucleares obsoletas. La que ellos nos lanzaron a nosotros cuando todo empezó a irse al carajo fue conocida como *Gran Bomba C*. Pero sobrevivimos. Como ellos. Como las cucarachas. Sobrevivimos a grandes inundaciones, al calor, a la humedad, a los mosquitos, a la inflación, al FMI, a las corridas bancarias, al viento norte, a la sequía, al rozismo, a la inseguridad, a la muerte de Maradona y a la insoportable levedad del ser. Y también a la Gran Bomba C, para no ser menos que nuestra reputación.

El Sistema Público de Anuncios Oficiales (una enmarañada red de parlantes bocinas instalados en anticuados postes de madera y protegidos con alambres de púas) sonó y rasgó el silencio. Me sentí ultrajado. Del poquito resto de encanto que aquélla preciosa, armoniosa y dulce marihuana de la primera mañana había dejado en mí, ahora ya no quedaba nada. Un desperdicio. Me acerqué a la ventana oeste de mi casilla, tal como mandaban las normas vigentes, para escuchar lo que el sistema público de altoparlantes tuviera para escupirnos. Al fin y al cabo, era obligatorio escuchar aquellos mensajes. Anunciaban *pena capital para toda aquella negrita que se embarace a fin de obtener los beneficios sociales de su Graciosa Majestad, Poder Central, quedando termi-*



nantemente prohibidos los embarazos adolescentes y la drogadicción no-oficial. Y a todos los Sátrapas y Neosátrapas apátridas de Dios Nuestro Señor Todopoderoso, Alabado Sea Él, se les recuerda que a aquellos unidos en matrimonio igualitario irregular que sean sorprendidos en actividades homo-gays no-oficiales, serán arrojados al vacío desde la Santa Terraza de la Sede Central del Gobierno. Así de estúpido es el futuro, no se puede ser más realista que esto. Uno más entre tantos anuncios. Era peor que un buen track de Aphex Twin.

Corté mercurio, esnifé y me recosté contra la ventana. Faltaba un rato para la hora sado-gay. Si bajaba podía cruzarme con alguno de esos. Pero qué más da. Decidí salir, al fin y al cabo, en el futuro, todos tenemos el culo roto.

Encanuté unos cuantos tiritos y unas píldoras por si las moscas. Siempre había que estar preparado, no fuera el caso de necesitar la sustancia correcta y no tenerla a mano.

Enfundado en mi camperón negro de cuero de lagarto genéticamente modificado, sin vestir otro color que no fuera ese, enfrenté la calle adentro de mi funda de *preservación criogénica*.

Abajo, lo primero con que me encontré fue con que habían instalado un gigantesco cartel publicitario sostenido por dos megadrones nucleares plateados con los colores y logotipos del régimen oficial. En un marco de luces led y sobre un fondo amarillo patito, en grandes letras negras y fuente de helados ángulos rectos, el anuncio decía: **NO SE INUNDA MÁS.** Y es que en algunos lugares hay agua, y en otros lugares no.

Encendí un cigarrillo y pité profundo. El futuro luce

co-mo un lugar deprimente. Ciclos de Agua. Ciclos de Sol. Ciclos, endemoniados ciclos. Uno tras otro. Insoportablemente largos. Rutinas insufribles para inmortales. Baja el Paraná, desborda el Bermejo. Cudas y más cudas. Aceptación y desinterés por todas partes. El triunfo final, estabilidad perpetua en tensión armónica con el miedo permanente.

No había un alma en la calle. Apenas llovía. Miré hacia arriba y no pude distinguir si gris noche o gris día.

Encaré hacia el lado de la Plaza de La Victoria. Me quedaba cerca del Ministerio de Prensa y Comunicación Oficial donde se suponía debía recoger la credencial de autenticación ideológica que Alfredo me tenía preparada según explicó —a mi entender de modo confuso e incompleto en su mensaje de más temprano.

Recordaba que en una de las esquinas habían localizado una Zona Libre de Putos Violadores, precisamente en la Confitería San José, reducto ultramontano que había sobrevivido al Apocalipsis de las Siete Plagas Amarillas vendiendo los lomos más caros de toda la ciudad. Dios mío, cómo martillaban los bifés en la cocina del San José; el estruendo podía oírse varias cuerdas a la redonda, incluso a la cuadrada. Ya nadie era capaz de recitar de seguido siquiera tres de esas siete plagas. Devaluación. Hiperinflación. Candidaturas Testimoniales Masivas. Promesas defraudatorias. Todo fue olvidado. Sistemáticamente. Todo se olvida. Así es el futuro. Lo que antes importaba, de pronto, deja de importar. Hasta que vuelve a importar otra vez. Y así. Eso explica, entre otros Eternos Retornos, el Eterno Retorno de la Stafuza.

Atravesamos varios apocalipsis. Y siempre sobrevivimos. De nuevo: como las cucarachas, supongo. Con los



restos desarticulados de civilizaciones oxidadas.

En la vieja recova del Abandonado Mercado Central, antes de llegar a la esquina vi a dos policías, dos miembros de la ultraviolenta y eficiente Policía Motorizada Penitente, abrazándose y comiéndose la boca apasionadamente. Muy seguros de que el desamparo de la villa miseria les ayudaría a mantener su secretito *gai*.

La confitería San José era zona libre de putos y tenían uno de los pocos relojes disponibles con la hora oficial.

Hacia allí marché.

4

Cruzaba una de las diagonales de la Plaza de La Victoria meditando yo sobre todo y nada cuando un grupito de Homosexuales Violadores irrumpió por una de las diagonales opuestas. Era un grupito heterogéneo: había sados, fembois, fisters, doublefisters, emos, un par de ositos, varios prolápsicos, HIV terminales, yonkitwinks, algunos yuppies amarillos —claramente de la facción jovencitista—, y creo que también un milico retirado. Heterogéneo, pero no por eso menos peligroso. Un puto es un puto. Ahora, en el pasado y para siempre. Siempre está el riesgo de la violación, como muy bien lo expresara la Señora de los Almuerzos poniéndole voz en el primetime a las angustias del pueblo hartado y sin voz de su tiempo.

Así que afilé los sentidos, apreté el culo y me metí una pepa sublingual para darme aires.

Un par de pibes corrían desesperados hacia la Zona Libre de Violaciones en el San José. Yo seguí caminando. Como si nada. Que la chupen.

La maricada avanzaba zigzagueando, algunos de ellos arrastrando sus zapatos y babeando, con los brazos extendidos a los costados del cuerpo, apenas flexionados



y las manos agarrotadas, como si expresaran la memoria de una presa que se les había escapado el día anterior justo apenas habían logrado sujetarla del hombro. Llevaban algunos megáfonos y voceaban consignas demodés.

Maldita sea la hora sado-gay. *Putos resentidos*, me dije y apreté los puños.

Al principio mi andar pausado, señorial, parece haber confundido a los homosexuales violadores de aquélla pandilla cocoliche. Me vieron, obviamente en mi funda de preservación criogénica con *vergadeluxe* y no hicieron lo que normalmente harían: lanzarse corriendo hacia mí para violarme, destrozarme el ojete a pijazos y tirar por ahí los restos una vez eyaculados todos ellos sobre mi cadáver. Estas cosas no pertenecen a la literatura sino a la vida real. No es que no haya violaciones gay en la literatura real verdadera; ahí está “El Matadero” del gran Echeverría, que es bastante gore. Pero “El Matadero” es una curiosidad histórica a la que se le rinde culto pero nadie lee ni respeta realmente. En lugar, dudaron y mantuvieron el paso mientras avanzábamos ellos y yo hacia un punto de confluencia, al pie del monolito vacío homenaje al Mono Fundador de esta pesadilla.

La pepa estaba empezando a ponerme duro. Una fase violenta de mi pasta favorita. Noté que desde los altoparlantes públicos atronaba aquélla demoníaca música electrónica violenta, espasmódica y explícitamente homosexual que tanto les gusta a las pandillas de violadores, fisters y demás laya.

Horribles sonidos. Penetrantes. Gente que se hace llamar Amnesys y no pasa de los ciento veinte mil oyentes en todo el mundo en Spotify mientras pregona una crisis mundial, planetaria, en un pasado donde el futuro ya fue

destruido; o Nosferatus y Hatebusters o Shadowlands Terrorists. Música con la que evidentemente les encantaba romperse el culo entre ellos a los sodomitas. Y no me olvido de las lesbianas, que también eran bien bravas ellas y entre ellas.

Ellos avanzaban.

Yo avanzaba.

El encuentro era inevitable.

Me sentía cada vez más duro.

Duro. Blanco. Brillante. Envenado. Puestísimo. Vacío.

Me descorrí apenas la solapa del camperón, lo suficiente como para dejar a la vista mi insignia de Héroe de Guerra, decapitador perfecto, un aguilucho invertido, rojo, dorado y negro sobre la inscripción: *einstürzende neubauten*.

Duro y envenado, a punto de desenvainar mi *verga-deluxe* ya tenía a los putos encima.

Arqueaban frenéticamente, con movimientos cortitos, sus cinturas, de atrás hacia adelante, de adelante hacia atrás, con las rodillas flexionadas, como perritos falderos en celo embistiendo el vacío, tratando de preñar el aire.

Me calcé las manoplas de acero quirúrgico y nudillos afilados, corte láser, y asumí posición de defensa.

Pero algo extraordinario ocurrió.

De entre la pandilla emergió un Cisne Maricón, musculoso, trabajado, brillante y grácil. Potencia y elegancia. Los demás putos quedaron paralizados, contemplando al Hermoso Cisne Maricón. Un raro ejemplar. Yo lo observé elevarse y expandir la luminiscencia que irradiaba como un pequeño y milagroso sol olvidado perteneciente a un tiempo mejor que nunca debió acabar.



Pude ver una a una miles de gotitas de sudor que bailaban sobre su piel.

Descendió lentamente frente a mí y sin tocar el suelo, casi en susurros, me dijo: “Déjate llevar hacia el Valle Rosado”. El eco me demolió (“Déjate llevar hacia el Valle Rosado”), y con todo lo demás suspendido, parcialmente inhabilitado, fuera de sistema, no pude evitar estirar mis manos para ser alcanzado por aquélla entidad supranormal, rara avis, tan llena de amor en medio del espanto y el acostumbramiento. Hastío. No ser. *Perla rosada, frágil caparazón.*

Me elevé. Liviano. Y todo se volvió blanco nívéo a nuestro alrededor.

Me encontré desnudo, apenas cubierto por un bóxer ajustado en el que mantenía dificultosamente a raya mi *vergadeluxe*, que ahora había comenzado a gotear tímidamente.

El Cisne Hermoso se había multiplicado. A mi alrededor volaban Cisnes blancos, negros, rosados, verdes, rojos. Acabado mate. Acabado brillo. Pero todos eran él, el mismo Maricón.

Y entonces...

4bis

Desde la izquierda, en un BMW Prototipo de color rojo, a toda velocidad a través del Blanco Eterno se aproxima la Angélica Entidad, EL Cisne Hermoso.

Se detiene y desciende majestuoso, apenas inclinando la cabeza para no golpearse contra el techo del potente fierro que conduce casi al ras del piso. Me pregunta si me gusta *la gaviota*. Y sonríe. Da un par de pasos adelante y algo lo ilumina especialmente y puedo verlo.

Vi claramente el dibujo de un triángulo de sudor que nacía en el elástico y se perdía en la raya para volver a aparecer como un delta acuífero en su encajada entrepierna.

Aterrizó a menos de un metro de mí y elongó sus piernas. Dio media vuelta y observé cómo su redondo y trabajado culo de Cisne Hermoso se comía los últimos centímetros de costura de su calza blanca. “Este ejercicio de elongación es muy bueno”, dijo entre cómplices sonrisas de colores.

Volvió a avanzar como bailando en una coreografía de Doja Cat y pude ver claramente sus tetas. Y noté que su pantaloncito estaba húmedo y algo, una gota, rodaba pesada hacia sus rodillas de Cisne Hermoso. Además,



se estaba encogiendo, como en una trama de Aira pero sin el buen gusto del pringlense: daba esplendorosas volteretas entre pequeños saltitos. Pude ver sus ruborizadas nalgas. Mis ojos entumecidos ante la potencia de semejante esplendor fueron a posarse sobre la mata de pelos que emergía de entre sus piernas como un glorioso nido de gorriones que llevaba, ahora, ya, y a medida que avanzaba, enfundado en una mínima tanga de algodón blanco.

Sentí el estallido de un pequeño Chernóbil en las bolas que elevaron la temperatura de mi cuerpo a centígrados que no existían.

Isótopos radioactivos de Cisne Hermoso me contaminaron de sexo.

Tomó mis manos y las llevó a una de sus piernas. Instintivamente acaricié con ambas manos sus muslos. El poderoso tensor lucía brillante, encremado. Dos estilittos italianos de taco alto plateado y puntera negra me crecieron en la planta de los pies.

El reactor número 4 salió de servicio en medio de un incendio infernal. Evacuaban a la población.

El pie del Cisne Hermoso se metió entre mis piernas. Me sentí Chiquito Reyes acosado por Silvia Pérez. Levanté la mirada y él sonreía. Solté su muslo y me acerqué un poco más.

Masajeé sus deditos con una mano y con la otra me abracé a sus ancas.

Su tren bala entonaba armónicamente una imposter-gable pieza coral de anhelo que estiraba sus brazos al sosiego del valle rosado.

Yo deliraba, convulsionaba de afrecho.

Lo abracé y mis labios se escaparon por la pendien-

te de su cuello y luego volvieron a besar los suyos, y pronto intervinieron nuestras lenguas y después nuestras manos, y una tacita de café voló a la mierda estrellándose contra el piso y todo se desvaneció entre sombras de olvido perpetuo. Silencio concertado.

El Cisne Blanco se recostó gentilmente sobre la nube en la que navegábamos el lugar y abriendo las piernas se corrió la tanga blanca. Yo me arrodillé, por primera vez desesperado en medio de tanta paz de abandono, hociqueando esa adorable cola como un narcoperro de la División Antifalopa. Usé mi dedo pulgar para mantener a un costado esa tanga generosa, no quería que nada me impidiera lengüetear a gusto. El subía y bajaba suave y delicadamente, facilitándome el viaje, y cada tanto mi embravecida lengua buscaba sosiego en el valle rosado de su perineo.

Luego...



4ter

... oí a un violador decir: “Ese cuerpito carbonizado por la falopa”. Y oí un montón de pieses casi arrastrándose, llevándose la tierra para allá.

La tierra crujía bajo sus zapatos. Se alejaban crepitando.

Desperté y la hora sado-gay había terminado. Yo estaba sano y salvo. No me dolía nada. Me palpé el culo. Nada. Mi funda de preservación criogénica estaba intacta.

La pasta me había partido el mate al medio.

Tapé cuidadosamente mi insignia Neo Thule y me sacudí la mugre de encima.

Relajé el cuello. Crujió.

Todo crujía, caramba. Con tanta humedad no era fácil explicar verosímilmente cómo era posible eso. Pero el verosímil es un tema jodido, no hay que pensarlo tanto. Es cosa de burgués reprimido eso del verosímil.

Miré hacia arriba: el mismo cielo encapotado, gris oscuro de siempre. Y la llovizna. Que no se detenía jamás.

Y el calor.

Perfecto.

Juan Manuel, el Gran Comendador del Tabernáculo,



se materializó frente a mí. Era un mensaje de texto holográfico. “Código blanca. Repito, código blanca”, decía el mensaje. Eso quería decir que precisaba droga, que por supuesto yo siempre tenía conmigo lista para ser vendida al por menor. Al menudeo.

Les faloperes.

Les capaces de cualquier cosa.

Entreguistas de pacotilla. Todes, todos y todas.

Tomé para uno de los lados de la Plaza de La Victoria, el que daba a la Catedral. Donde siempre hacía las entregas para el Gran Comendador del Tabernáculo. ¿Por qué estos sujetos de doble moral y morada en clóset merodean siempre las Catedrales?

Al San José ya no tenía sentido ir: la hora sado-gay había terminado.

I touch your soul when you hear me say.

“Boy, let me be your woman”.

5

En el frente de la decrepita mole ocre donde funcionaba la *Catedral* me aguardaba uno de los matones de Juan Manuel. El Gran Comendador nunca recibía la mercancía personalmente. Como toda persona honesta, no se arriesgaba a ensuciarse las manos. Me quedé allí parado frente a la puerta como quien contempla con admiración una maravilla arquitectónica.

Alguien chistó detrás de unos arbustos que, al costado del portón de acceso para automóviles oficiales, hacían las veces de patiecito de la sacristía. Conocía ese chistido. Me acerqué, manteniendo en todo momento mi simulación de hallarme maravillado por la arquitectura de la Catedral en un tiempo *ballardiano* en el que les turistas ya no existían, a decir verdad, queriendo captar cada detalle como si realmente importara. De entre los arbustos, en medio de la oscuridad emergió la trucha de Fernando Funes convocándome a reunirnos en los arbustos.

Asegurándome de que nadie me viera me deslicé hacia la oscuridad y me acuclillé entre los arbustitos.

—Este es un destino posible Litter. Pero acordáte: ¡Putin vencerá!



Funes me empujó y caí por un pozo que parecía no tener fin. Veía cómo el mundo se alejaba a medida que descendía por aquel punto Jonbar. Entonces recordé al archifamoso productor y gestor cultural Corcho Saporitti maniatado en el mugriendo bañito de la radio del Centro de Aparatos Culturales, al señor Cáceres tratando de espiarnos y a Funes anunciando:

— ¡Putin vencerá!

Entonces lo recordé todo. Y una pesadilla se materializó en la caída, como si el suelo me estuviera chupando vivo.

Horribles acusaciones en gritos se cruzaban en mi caída:

—Nenas progres que ¡no son progre, son ignorantes! ¡Y lo hacen para tener el plan Hijos! ¡Nenas “progres”, ¡decía!, de toda clase social embarazadas, con HPV, sífilis, HIV. Y etcétera. Y todo porque sus madres progres las dejan que comiencen a tener relaciones sexuales a los 12 ó 13 años sin ningún tipo de control. Se calientan y se dejan coger. Pero las del centro no, señores, las del centro se calientan e histeriquean. A lo sumo, dan vueltas, adoban la argamasa en la que se cuece el santo matrimonio, para bien de todes nosotres. El problema son las negritas, que —y les aclaro que no estoy ni a favor ni en contra del aborto, cada uno hace lo que quiere— se calientan y cogen como animalitos. Yo estoy a favor de la información, la responsabilidad y el cuidado de los padres con sus hijos. Sí señor. Las buenas costumbres, como bien predica Baby Etchecopar, son ineludables.

—Fito Páez salió siempre con faloparas. ¡Teléfono a Mengolini!

—Los anticonceptivos son malos para la salud de la

mujer. No cojan, chicas, mujeres de hoy, del futuro. Ya nada podemos hacer por las del pasado. Pero a ustedes ¡aún podemos salvarlas! —aplausos en el recinto—. Si tomar diariamente una enorme dosis de hormonas no te produce cáncer no sé qué te lo pude producir. Siempre es mejor la abstención que confiar en métodos que no son 100% efectivos como el Dispositivo Intrauterino Reptiliano, las pastillas o inclusive el forro. Mujeres del mundo ¡uníos y no cojan! Los anticonceptivos orales son el más machista de los métodos anticonceptivos. A nivel salud poblacional, además de los efectos adversos y colaterales, debemos ser conscientes que no impiden la transmisión de enfermedades sexuales, como el SIDA y muchas más que pueden afectarle el cerebro a uno.

—El ochenta por ciento de los grandes criminales de Mendoza y el Mundo han sido desnutridos. La pobreza genera penuria y necesidad y criminales. ¡Pobreza! ¡Desnutrición! ¡Daños cerebrales irreparables! Sumemos dos más dos y ahí nos da la ecuación y el camino.

— ¡¡No ensucien a la Santa Madre Teresa!! Ella defiende los principios católicos, del mismo modo que el Santísimo Señor Ministro Vitalicio Abel Albino.

— ¡Viva Iván de Pineda, el modelo que conoció 500 ciudades, nació en Mutterland, desfiló para las grandes marcas, las más grandes marcas, y se hizo popular en un programa de preguntas y respuestas! ¡Él jamás fue humanoide! Tiene más educación y cultura que 50 mil wachiturros juntos. Es hora de que nos gobierne gente linda y educada, basta de oscuros brutos sin educación. Y es que, digo yo, es cierto que para ser bruto hay que ser inteligente. No se corrige este doctor. Como puedo entender o tal vez comprender y subrayo esto último lo



que sucede en la actualidad. Mientras muchos de nosotros, los todos, los pueblo, queríamos surja un ámbito de defensa del pueblo o sea para nosotros y que esto debería llevar, equidad, justicia y coherencia. Me sorprende cuando desde un órgano llamado Defensoría del Pueblo, en el me sigo o seguimos encontrando con el mediocre,

incoherente, y para nada bueno, **peluche** de taxi, que mueve la cabeza nada más como es el forajido. El “don doctor” que día atrás atacó perversamente la designación a planta de empleados municipales tropicales, hoy afín a liga de intendentes obsoleta y momificada del interior, avala el pase a planta de **unos papas verdes**, porque ni para ñoquis sirve en distintas localidades de Subtrópico Profundo. Espero que la condena social y **el juicio psicológico**, ético y moral debería estar pronto a llegarlo. Pues, quien es este **Señor, o masa corpórea** titulado, que dice y hace de la Defensoría una contrariedad confesa y brutal y más grave aún por su condición de letrado y magistrado. Un día dice bucólicamente una cosa y luego otra, comparando o menoscabando en la balanza que no conoce lo que el derecho, el deber y las garantías dicen.

Soñará ser el Doctor Burlando. Fariseo. Escriba. Le habrán dicho, metele sí, el pueblo se olvida. Pero del ridículo no se vuelve. No se arrastre, nosotros lo miramos de pie, lo vemos feo, triste, solo un mediocre con título.

Caer es así.

Hay que mirar un poco alrededor nomás para saber si la caída ya empezó.

6

Desperté atontado, resultó que en un momento en el que Litter se había suicidado y yo era abogado y vivía de un sueldo trabajando como procurador en Fiscalía de Estado. Me costó ubicarme. Uno salía con la sesera removida al cabo de tantos viajes en el tiempo. Sonaban Los Héroes del Silencio y comprendí que el punto Jonbar entre los arbustos junto a la Catedral me había devuelto a la época en que la *Operación Almirante Storni* se los llevó puestes a todes y me encontró a mí haciendo de letrado al servicio de les que se disputaban el Estado. Me pregunté dónde estaría Funes en aquel universo paralelo al que me había lanzado. Agendé mentalmente la inquietud.

Caí justo en el peor momento. Una mañana movida en la Fiscalía. Me hubiera venido bien una biaba. Me materialicé en la puerta y apenas traspuse aquél umbral de negociados y agachadas ilegítimas y repugnantes

pero l—e—g—a—l—e—s, me asignaron dos móviles policiales y una unidad de la División Canes con cuatro perros adiestrados para olfatear tecnología enigmática potencialmente perturbadora, cuadrúpedos adic-



tos en plena abstinencia capaces de descubrir artefactos elec-trónicos indetectables por los cinco sentidos *con más el sentido común* como solía recitar el Comisario General a cargo de la división canes.

Me tocó ir en la camioneta con el Comisario General Cardozo, cuyo rango lo ponía al frente del resto de los efectivos. Ni bien apoyé el culo en el asiento delantero e incluso antes de emprender la marcha, siempre tratando de disimular el atontamiento que me tenía tomado, el comisario balbuceó las últimas novedades sobre los incidentes en el aeropuerto que tenían a todos tan preocupados. La última corrida cambiaria había hecho añicos los nervios de los inversores y la volatilidad de la cotización del dólar activó células de perturbados que permanecían en estado latente sin ir más allá de algún barullo digital fácil de contrarrestar. Bombas por aquí y por allá, tiroteos, transeúntes arrollados por vehículos utilitarios cargados con explosivos en vías peatonales y cuchilleros solitarios. No podía soportar el listado completo de atrocidades. No debería cubrir de nuevo las ejecuciones hasta dentro de tres semanas. Me devoraba una resaca infernal producto del viaje en el tiempo. Miles de campanitas agitadas por un ejército de enanos fuera de sí sonaban en mi cráneo como reverberando desde la profunda negrura del bosque en el que yo existía desde los ocho años de edad, mientras un torrente ácido de reflujo ascendía majestuoso por mi tráquea. Carraspeé y pedí disculpas. Algo me raspa, dije. *¡Se derrumbó el dólar! ¡Se derrumbó el dólar muchachos!* comentaban exaltados los polis.

Un porongo humeante me llegó desde atrás por arriba de la nuca. Como me vieron dudar, aclararon *amargo*

Doctor. Chupe sin miedo. Chupé profundo, calé hondo la bombilla y tragué un espeso y caliente bolo verdoso. Me sirvió para arrancar. Saber que me estaba tragando un poco de la saliva de todos esos polis me sirvió para arrancar. Se completó la dotación y salimos disparados de la Primera.

Cruzamos la ciudad como si nos importara una mierda llevarnos puesto a un pibito y no parecíamos ni siquiera así, lanzados cinematográficamente, armados hasta los dientes y con perros y todo, una comitiva policial en acción; dábamos un poco de lástima, hay que reconocerlo. La policía siempre dio miedo, pero también y a la vez, lástima. El futuro estaba empeorando cada vez más, era evidente. Aunque todavía no estábamos

taaaannnnn mal.

Envejecer es eso: es darse cuenta que antes no estábamos tan mal como creíamos cuando aún no habíamos envejecido.

Tomamos la avenida Sarmiento en dirección a la Ruta 11. Joggers y perritos falderos adornaban el bulevar con sus collarcitos con estrás, lejos, al otro lado del humedal, desde bien temprano. Viejas de peinados batidos a los saltitos y cotilleando sobre lo último de lo último de lo último. Entramos a la rotonda en la que culminaba la avenida y enrumbamos al sur hacia el caserío en las afueras del ejido urbano donde encontraríamos la finca propiedad de la persona a la que teníamos que allanar según rezaba la orden del Fiscal General de Subtrópico Profundo. Aproveché el viaje para repasar las instrucciones. Cuando vi el nombre de Funes en la orden de alla-



namiento supe de inmediato que el señor Cáceres, al fin, había logrado denunciarlo. Maldito seas señor Cáceres.

Yo sería incapaz de ir en contra de un amigo, pero sabía que tenía que permitirle a la trama usarme para revelarse en toda su dimensión. Así que cumplí mi rol en la historia simulando no entender nada y ser eso que a ojos vista parecía ser: Guido, un abogado.

Al traspasar el pretencioso arco de ladrillos vistos por el que se entraba al barrio, disminuimos la velocidad y avanzamos tratando de no llamar la atención. La humedad era insoportable y el villorrio olía a tierra. ¿Dónde estaba la gente? No había un alma en la calle. Parecía Miami cuando llegó el gordo Porcel en los ochenta, pero después de una larga y devastadora crisis económica, política y social.

La mayoría de las casas habían sido transformadas por sus dueños y ahora lucían como chalecitos cada uno con su propia identidad arquitectónica. Los había que llegaban incluso a tres pisos de altura. Una tragedia estética, como Vietnam fumigado con agente naranja y ardido de napalm, pero cobrizo y con puro polvo en lugar de los exuberantes verdes a cielo abierto de los asiáticos. Reinaba un ruidoso silencio que era tan sagrado que daba vergüenza respirar. Podías escuchar las piedritas del ripio crujir nerviosas bajo las cubiertas lisas de los móviles policiales. Y era imposible no preguntarse ¿para qué? en medio de semejante sinsentido.

El chalet de Funes desentonaba. Era una casucha sin mejoras y venida a menos. Su propietario evidentemente no prestaba demasiada atención a la limpieza. En la vereda se acumulaban bolsas de basura que atufaron mi olfato algo proclive a la sensiblería. Soy de arcadas fá-

ciles. Creo que esa fue una, entre otras claro, de las razones que dio por tierra con mi matrimonio. Los asuntos más simples son decisivos para mellar las relaciones más complejas. Cardozo, que sabía bastante de recolección de pruebas descartadas al apuro por delincuentes, mandó a uno de sus azules a revisar las bolsas en busca de cadáveres o partes de cuerpos que sirvieran para incriminar a alguien al final del día, por el delito que fuera. Condenar era lo que importaba.

Asumimos las posiciones que el protocolo de allanamientos vigente mandaba (para seguridad del personal y de los civiles que pudieran encontrarse en la zona; en la postpandemia los protocolos jamás se abandonaron) y entonces advertimos, el Comisario General Cardozo —a cargo de los agentes— y yo —representante del gobierno en mi carácter de fiscal adjunto— que nos faltaba un efectivo que cumpliera el rol de echar la puerta abajo. Gómez seguía revisando las bolsas como un maniático hambreado restándole importancia a las arcadas que ante cada vaharada de pestilencia lo doblaban al medio por la cintura. Un azul ejemplar: disciplinado y resuelto. No teníamos ariete revienta puertas así que Gutiérrez se ofreció para hacer el trabajo a patadas y quedó atorado con la pierna derecha del lado de adentro de la casa y el resto del cuerpo del lado de afuera. Evidentemente se trataba de una abertura de mala calidad, pero anclada con buena herrajería sobre muros de carga. Las paredes eran de treinta centímetros. Puro concreto. De la época en que las casitas se construían bien. Se robaba, como siempre se robó, pero las cosas se hacían bien. No como ahora.

Quince minutos de retraso nos ocasionó Gutiérrez atascado en la puerta tratando de ser el héroe de la tarde.



El puntapié que lanzó aparatosamente atravesó sin gracia la madera en lugar de derrumbar la placa y dejó al cana con las bolas apretadas que parecían ir a explotarle de un momento a otro. Las venas del cuello se le inflaron y su jeta enrojeció y comenzó a pulsar. Nunca vi algo así ocurrir en las películas. Temí por su vida y mi responsabilidad, pero Cardozo me tranquilizó con un gesto que armó con sus manos sobre su perfil izquierdo. Como dije: nos demoró unos quince minutos sacar al gordo del atasco. Si adentro nos hubieran esperado maleantes armados estaríamos todos muertos por culpa de Gutiérrez y su puta buena voluntad. Seguro quería un ascenso.

Dios, cómo sudábamos. El polvaderal se te empastaba en el cuello, en el pelo y en la boca, donde formaba hilillos blancos de baba que se estiraban en las comisuras de tus labios como elásticos cada vez que hablabas.

Adentro la casa daba miedo y el ambiente pesaba como mil toneladas de litio apenas iluminado en tonos ocre por bombitas de 25 watts a las que una gruesa capa de polvo se le había pegado a la grasa de los insectos quemados. Olía a desolación, como una de esas viejas películas de rarites en blanco y negro dirigidas por David Lynch. Había libros repartidos en las distintas habitaciones. Acomodados, tirados en el piso. Todorov, Barthes, Derrida, Deleuze y autores por el estilo menos populares y más impenetrables si cabe. Se podían intuir placeres perversos flotando en el aire. Se puede conocer a una persona por su biblioteca tanto como por su basura. También había novelas contemporáneas y algunos libros de cuentos. Cantidades infernales de libritos de poesía de todos los tamaños.

Demoré la mirada repasando lomos polvorientos en

un viejo estante empotrado a una pared enmohecida. No podía resistirme: ediciones Jackson de Gógol, Flaubert y otras obras selectas. Las sandalias del pescador, Morris West. Grandes novelistas universales cubiertos de manchas verdosas que como sifilíticos insignes son siempre señalados con una gélida reverencia que esconde desprecio. Sábado es un leproso de nuestra literatura. Mientras continuábamos la búsqueda de material electrónico según se nos había ordenado, mandé apartar y apilar al fondo todos los libros de autores locales y regionales con más algunos clásicos que yo como lector consideraba infumables por más que llevaran cientos de años canonizados. Ladrillos de papel que nadie tenía tiempo para leer. A veces me dejaba llevar por el escritor fracasado que vivía en mí y no conseguía erradicar. Ordené, solazándome en la sabiduría de mi propia decisión, que dejaran en su lugar todo lo que pudiera catalogarse como “narrativa norteamericana” (Jim Thompson, Lucía Berlin, Mariana Travacio, James Ellroy, Kurt Vonnegut, algunos beats y Henry Miller, dije con carácter meramente enunciativo y no taxativo, permitiéndome aceptar calladamente que tal vez en algún tiempo podría cambiar de opinión y que en todo caso daría siempre lo mismo, los libros hay que quemarlos a la larga a todos) y que hicieran una fogata en el fondo con el resto. ¡Que no sirve para nada! Aclaré sacudiéndome el nudo de la corbata y levantando innecesariamente la voz para impresionar a los iletrados policías.

El piso de una de las habitaciones estaba cubierto de periódicos amarillentos y cuadernillos que semejaban galeradas, algunas meadas por gatos y sus cubiertas regadas de caquitas seca de rata. En lo que debía ser el



living de la casa junté algunos manuscritos inéditos que estaban alrededor de un sillón roto tapizado en cuerina verde, como lanzados ahí en fecha reciente. Les di una leída rápida y me llevaron a lugares oscuros. El sillón estaba frente a un televisor de tubo de 29" conectado a un reproductor de DVD adentro del cual encontramos una copia trucha de una película de vampiros protagonizada por Scarlett Johansson y Ron Perlman. Mandé quemarla junto con los libros y pedí a mis colaboradores azules que recolectaran las galeradas y papeles en una caja, que todo eso era evidencia, dije.

Había colillas de cigarrillo aplastadas como acordeones por todas partes (ambos apoyabrazos del sillón estaban quemados) y las paredes estaban cubiertas de manchitas secas de catarro escupido o tosido. Puede que incluso zumo de tabaco. En un descuido pisé un control remoto disimulado entre papeles y el televisor se encendió: Michael Madsen, inexpresivo, amenazaba de muerte a los gritos a un pendejo desparramado sobre las tablas del muelle de un lugar gris y deprimente que a simple vista me pareció muy similar al puerto de Barranqueras. Cardozo, que no se andaba con vueltas, gritó: “¡Callate la concha de la lora!”, y entró a darle a la tele con el taco de su bota derecha haciéndola volar al piso. La pantalla estalló y una nube de polvillo de vidrio enrareció aún más el ambiente. Los agentes que andaban recorriendo las otras habitaciones llegaron al trote al living aferrados a sus escopetas preguntando si pasaba algo, si estaba todo bien. Jadeaban como perros. Se morían de ganas de meter bala. Afuera los perros de la División Canes ladraban enloquecidos.

—Acá no pasa nada muchachos. Sigán buscando

¡mierda! —les ladró el jefe a los azules.

Me sentí triste y condenado. Ajeno a toda la historia. Como si yo no tuviera ningún sentido. Por ahí me daban esos vahídos de lucidez extrema. Y es que no lo tenía yo como no lo había tenido mi abuelo, como con enorme tristeza descubrí no lo tenían mis padres y así sucesivamente.

Continué con mi trabajo. Encontramos dos viejos teléfonos celulares con tapita y una notebook *refurbished* traída de Miami y los secuestramos para la investigación. Los teléfonos estaban sin batería y al teclado de la notebook le faltaban la r y la m y el ENTER se bamboleaba. Al teclado le faltaba la doble ve. Recorrimos la casa y revisamos todo puntillosamente. En la cocina los renegridos quemadores del anafe parecían llevar años sin ser encendidos. En la heladera sólo había un par de botellas de agua vieja a temperatura ambiente. En una flotaba descansando en paz patas arriba una mosca. Revolvimos y dimos vuelta todo. De cada trasto que movíamos salía una mortífera nube de polvo amarronado que nos tenía a todos tosiendo sin parar, como en la época de la Covid19. Cardozo mencionó como al pasar que a él lo ayudaban mucho sus bigotes de morsa, que hacían las veces de filtro para el polvillo, explicó dibujando circulitos con su anular izquierdo sobre el bigotón. También contó, ahora levantando el dedito al cielo, que su papá había muerto víctima de EPOC. Sonó como si su padre hubiera sido un héroe de la guerra de Malvinas en lugar del alcohólico violento y noctívago que todos sabíamos que era. “Fumaba mucho el viejo —meditó el Comisario—, encadenaba un cigarrillo con otro. Apestaba a toda hora y sus uñas eran piedritas amarillentas que sobresalían como



jorobas en la punta deforme de sus dedos. Recuerdo que todos le decían: el pucho te va a matar Andrés, tenés que dejar de fumar. Pero a él no le entraban balas. A lo último ya era incapaz de atarse los cordones y apenas podía respirar: parecía que el cigarrillo se lo estaba fumando a él y no al revés, nada más que en lugar de ir poniéndose rojas sus puntas se iban poniendo negras. Ardía de pasión el viejo con cada bocanada. Yo heredé sus genes; salí duro. Aguanto bastante el humo sin que me haga nada. Yo no me enfermo, Doctor”, me explicó Cardozo específicamente a mí al ver cómo improvisaba una mascarilla con un pañuelo contra la nariz.

Comenzábamos a pensar que todo serían cajoncitos vacíos con algunos clips herrumbrados adentro, alacenas mugrientas, cofrecitos, modulares destartados viniéndose abajo, bibliotecas improvisadas y cristaleros repletos de revistas *Viva* y un elefantito ritual con un billete de un dólar cara chica anudado en la trompa, nada de gran valor, cuando en una habitación de la parte de atrás dimos con una puertita secreta disimulada detrás del machimbre carcomido que revestía las paredes. Oí que uno de los agentes le decía en susurros al que tenía al lado: “Una puertita Jonbar”.

Pero no era una puertita Jonbar porque una puertita Jonbar no se puede barretear como esta que habíamos encontrado nosotros. Barreteamos la puertita y hallamos un túnel que comunicaba la casa con un terreno vecino. Descendimos y caminamos bajo tierra en fila india unos cincuenta metros hasta que llegamos al final, a la otra salida. Cardozo, que no tenía miedo y quería ser el primero en todas las fotos, subió sin preguntar si había voluntarios para asomarse por el hueco. Nuestras cabezas

emergieron una a una a la luz de un galpón donde operaba una patrulla clandestina de troleo semi automatizado. Gabinetes oxidados de clones conectados a monitores de fósforo verde en carcazas reseca y macilentas que con sus culos enormes ocupaban todo el centro de una mesa rectangular de algarrobo. La maquinaria parecía estar interconectada con un primitivo y colorido cablerío empolijado con cinta negra y colgado del techo con tanzas y trechos de cable canal agrietados: una maraña que cruzaba sobre las cabezas de doce operadores humanoides cuyo aspecto hubiera espantado al más experimentado antropólogo forense. Muchos de ellos conocidos escritores frustrados que por necesidades económicas se vieron obligados a prestar servicios troleando gacetillas por encargo. No servían ni para una autopsia. Seres andróginos, demacrados y consumidos por la iridiscencia de las redes sociales donde vivían. Parecían unos desnutridos vaciados de alma encorvados sobre teclados amarillentos a los que ya se les habían borrado los dibujos de las letras. El tecleo era ensordecedor. Los troles no levantaron la cabeza cuando entramos, no dejaron de teclear, no interrumpieron su cyber acoso serial ni por un segundo, como si se les fuera la vida en eso. Evidentemente llevaban meses sin ver la luz del sol, completamente idos, troleando y *hateando* a dos manos con los brazos flameando como directores de orquesta poniendo en escena el concierto para piano número 3 de Rachmaninoff. Por suerte el Comisario Cardozo, que de tecnología no sabía nada, tenía bastante experiencia en las artes de los malvivientes así que despertó rápido del ensueño en estábamos sumidos todos y notó que la maraña de cables desembocaba en un único y grueso tubo negro, uno de



cuyos extremos terminaba en una estructura helicoidal que salía por el techo, y el otro iba a dar a una computadora personal ubicada sobre un atril desde donde evidentemente alguien controlaba a los troles. Eso quería decir que alguien había huido al escucharnos entrar a la casa de Funes. Salimos del galpón y fuimos a parar a un patio de tierra. Corrimos hasta lo que evidentemente era el muro perimetral trasero y con la ayuda de algunos oficiales que entrelazaron sus manos para que nosotros pudiéramos pisar en ellas y elevarnos sobre la pared vimos que una persona huía remando entre los camalotes a duras penas a bordo de una pesada lancha sin motor. Se dirigía por un curso de agua negra cubierto por camalotes en dirección al Tragadero. Del Tragadero se pasa al Paraná. Y por el Paraná se llega a Paraguay, país al que según nuestras tradiciones más arraigadas corren a ocultarse todos nuestros delincuentes, ya sea en carácter de civil o embajador o agregado consular.

Un agente nos advirtió sobre una estructura metálica que salía del centro del techo y vimos entre las chapas galvanizadas del galpón una inquietante antena repleta de enigmáticos artefactos y platos parabólicos que se erigía enhiesta unos treinta metros arriba de nuestras cabezas. Brillaba por todos lados. Como una estación aeroespacial o una canción producida por Miguel Mateos. Los perros se sacudían al ladrar y echaban espuma por la boca.

Discutimos animadamente interminables minutos. El sol ahora asomaba entre nubarrones espesos y eso empeoraba todo. El sofoco enturbia el entendimiento de algunas personas. El Comisario Cardozo se negaba a perseguir al prófugo alegando no tener jurisdicción sobre el

curso de agua. “Eso es jurisdicción de Prefectura o de la Marina”, arguyó conclusivamente. Intenté explicarle, en primer lugar, que no era un río, que apenas era un canal y, en segundo lugar, que no era necesario que persiguieran al delincuente *por* el agua, que podían correrlo *desde* la ribera. Seguirlo por el camino de sirga y enlazarlo o hundir su bote a los tiros desde la costa y forzarlo a nadar hasta sus captores en tierra firme. Incluso liquidarlo. No hubo caso, parecía imposible ponernos de acuerdo. Cardozo no tenía idea de qué era eso del camino de sirga y tampoco quería razonar: a él solo le preocupaba que sus efectivos se hundieran y perdieran en el camalotal. “Este es un equipo caro Doctor, no hay que perder de vista las prioridades. Además, no hay que perder de vista la industria del juicio, doctor, que usted debe saber muy bien es virulenta contra el Estado y las Pymes”, apuntó dándole golpecitos con su fusta de mando al escudo antidisturbios de un agente que lo seguía a sol y sombra. Ahorrar para reducir el déficit fiscal era una de las prioridades a las que se refería. Y remató enfatizando el peligro extremo que representaban lolas y cocodrilos, que, aunque no pudiéramos verlos, ahí estaban acechando en el agua.

—El prófugo, Comisario, podría ser un software malicioso. Un bot peligroso para las instituciones. No podemos dejarlo ir.

—Ahí tiene a esos otros peligrosos, Doctor, ¿no le alcanza con eso? —replicó Cardozo refiriéndose a los troles, completamente impasible ante mi apelación a sus cualidades de demócrata al servicio de las instituciones oficiales.

Yo sabía que el prófugo era el famoso escritor Ale-



jo Luna, pero opté por darme por vencido, total que al fin de cuentas no me pagaban por detenido. Volvimos al chalet de Funes y me puse, de nuevo, a revisar libros y papeles sin parar de toser cuando el cabo que había revuelto las bolsas de basura y había permanecido como guardia afuera de la casa entró corriendo para avisarnos, muy agitado, que se estaba quemando todo. ¿Cómo que todo? ¡Pará la mano! ¿Quemando qué? ¿A dónde?, preguntamos al unísono y nos dijo, allá afuera, en el centro, apuntando con todo su cuerpo a la calle aunque sin dejar de mirarnos. Al salir de la casa vimos al norte una enorme columna de humo negro que se alzaba al cielo del otro lado de la ciudad; y al este oímos sirenas aullando y explosiones que parecían llegar desde el aeropuerto según pudo averiguar rápidamente Cardozo, que tenía una especial habilidad para hacerse de primicias. El dólar Doctor, el dólar se fue a las nubes, explicó el Comisario. Ayer ya se produjeron algunas explosiones en caseríos aledaños al aeropuerto.

Estuvimos de acuerdo en partir lo más rápido posible, pero no sabíamos qué hacer con los doce troles del fondo. Discutimos sordamente también por eso; al fin Cardozo ordenó a dos agentes que se apostaran allí a vigilar sin dejar de amenazarme con que esa posta me la pasaría discriminada como “adicional” en la factura. Les hizo dejar a los dos milicos los cuatro perros, que al ver a los troles se hicieron pis de las ganas que les tenían. Se salían de la piel por devorarse aquellas entidades digitales de carne y hueso, alimento binario con el que enviciaban desde cachorritos a los agentes de la División Canes como parte de su entrenamiento.

Volvimos a partir la ciudad al medio, en llamas, esta

vez camino al centro, en dirección a la columna negra de humo. A toda velocidad y ahora con las sirenas aullando en el techo de los móviles no sentí que diéramos tanta lástima. Más bien lucíamos imprescindibles y peligrosos. Como si fuéramos entidades sin conexión con forma alguna de realidad que nos empequeñeciera como personajes de una historia ficticia más grande que la vida misma. Una exigencia de la Historia hecha realidad y escrita por estudiosos ilustres en elegantes tomos de lujosa encuadernación.

El barrio de los homosexuales, gitanos, judíos y negros estaba agitado. Tumultos por aquí y por allá, denuncias de toqueteos, comercio ilícito, usura, travestismo, estupro y, por supuesto, un montón de violaciones. Lo de siempre. Putos y putas vivían de joda. A esa barriada iban a morir los enfermos terminales que se arrepentían demasiado tarde y no estaban dispuestos a curarse. Los pruritos nunca llevan a buen puerto. A los putos les importaban una mierda la política y los reclamos, ellos sólo querían bailar, besar, chupar y coger. Y subir historias a Instagram. Al carajo con los intelectuales reclamando por el atraso y los estatales jodiendo con reclamos salariales y los comercios quejándose de los estatales y los privados puteando por los impuestos. Vimos relaciones homosexuales en veredas que a simple vista parecían veredas familiares, y también vimos cómo una colorida pandilla de fembois prolápsicos azotaba a un par de yonki twinks pasados de falopa en la vereda del local bailable homosexual de moda. En la radio hablaban de terrorismo y muertos y la desaparición de una persona en circunstancias extrañas en uno de los baños de la terminal de arribos de cabotaje del aeropuerto. Los vuelos



ya se habían normalizado o estarían por normalizarse en una hora y media. Se vivía en estado de paranoia desde que la prensa instalara la teoría de que todos nuestros males actuales no eran sino el resultado en tiempo real de una operación permanente de boicot llevada adelante por y desde el pasado contra el presente en una perenne disputa por el futuro. Un disparate, pero la gente tenía miedo y comenzó una guerra contra fantasmas. Se gastaron miles de millones de cripto-dólares en tecnología para hacer que el público se sintiera más seguro y todo fracasó, el delirio y la esquizofrenia historiográfica iban en constante aumento. Las pastillas y la electricidad no alcanzaban.

El agente Gutiérrez venía sentado atrás, compactando a sus compañeros con sus grasas desparramadas sobre la butaca; Gutiérrez sonreía y hedía a cebolla y el cuero reseco de sus cinturones y correas lo amatambraban. Apestaba a queso agrio. Maldije mentalmente el momento en que el tipo subió a nuestra camioneta. Era un gordo presumido con un revolver 22 a la cintura, uno de esos rambitos que ansían su propia gran guerra para mantener a raya, masacres mediante, sus inclinaciones homosexuales de puritano ciudadano incapaz de estar a la altura de sus propios ideales. ¿Por qué otra razón vendría Gutiérrez asomando su escopeta por la ventanilla, mostrándoles satisfecho a todos los transeúntes la puntita reluciente de su arma? Gutiérrez apestaba a puto reprimido violento y yo no tenía autoridad para hacerlo bajar. Cosa de policías. Volví a lanzarle una maldición mental mientras recorríamos la zona de maricas y raros.

Dejamos atrás el barrio de los normales pervertidos y los defectuosos, que linda con el de los homosexua-

les, y apenas pudimos hacer dos cuadras entrando a la zona del macro centro cuando tuvimos que descender y seguir a pie. Piquetes populares donde muchedumbres quejumbrosas estofaban carnes rancias en gigantescas ollas de aluminio quemado y retenes militarizados esparcidos por toda la ciudad habían interrumpido el tránsito. Las cosas llevaban años sin fluir como se suponía que tenían que hacerlo. Se reclamaba de todo. Y a todo siempre se respondía no, no y no. Policía y manifestantes se enfrentaban a gases y piedrazos y troskos exaltados organizados en banda saqueaban los negocios de la peatonal que no estaban protegidos por cortinas metálicas electrificadas. Se llevaban televisores pantalla plana, zapatillas con resortes en los tacos, maniqués plateados y camisolas de bambula con estampados tropicales, el sueño de la pequeña burguesía venida a menos. Y luego hacían arder los locales que acababan de arrasar. Tenían algo con el fuego los troskos. No parecían felices, como si les faltaran represión y heridos para que su gesta fuera un poco más real y completa. Saqueaban sin ganas, por compromiso con la época nomás, que según ellos eran ni más ni menos que los tiempos del fin del capitalismo. Cualquier cosa que pasara, para los troskos siempre anunciaba el fin del capitalismo. Un cambio de ministro o de funcionario de gabinete para ellos era señal de que todo estaba, al fin, por venirse abajo.

Atravesamos a los saltos una barricada y dos puestos de control para llegar al frente de Ecom, la megacorporación de Subtrópico Profundo dedicada a la fabricación de software de realidades alternas virtuales. Bomberos y policías por montones, fuertemente armados, nos esperaban para ingresar. Les ordenamos aguardar y delibe-



ramos privadamente con Cardozo, que había estado en muchos incendios convenientemente catalogados como estragos dolosos, y convinimos en que no se trataba de un incendio sino de una gran computadora pasada de vueltas, humeando profusamente. No era más que una suposición, pero Cardozo dijo ser capaz de apostar su casa contra un paquete de pastillas a que eso era una computadora pasada de rosca. Decidimos entrar solos. Desde adentro avisaríamos los pasos a seguir. Era imperioso preservar la memoria madre de Subtrópico Profundo para poder continuar con el procesamiento de datos y una cuadrilla de primates en celo entrando a los tiros, sedientos de violencia, anhelando su propia escena protagónica en la miserable película de sus vidas de policía, no parecía una buena idea si de cuidar el mobiliario se trataba. “Ya suficiente daño le hizo la corrupción a esta provincia”, dijo Cardozo algo envaradamente.

El hall de acceso estaba vacío. Tubos fluorescentes blancos parpadeaban tétricamente por aquí y por allá. Insectos crepitaban en trampas eléctricas. Yo tendía a dispersarme y olvidarme rápido de las cosas que no me importaban, así que no fue una sorpresa que consultando el planito que nos habían entregado afuera Cardozo, que tenía muy buena memoria, tuviera que indicarme con un dedo e indisimulada indignación el lugar donde estaba la central de computadoras para que pudiera seguirlo sobre seguro. Había que subir dos pisos y no podíamos usar los ascensores. “La puta madre que lo parió”, pensé y me rasqué el antebrazo derecho. Me costó un poco determinar cuál era el izquierdo y cuál el diestro: tuve que visualizar mentalmente mi mano aferrada a una lapicera. Ese era el lado izquierdo. ¿En qué estaba pensando? Car-

dozo me hacía señas al pie de la escalera para que fuera detrás de él.

Le pedí que descansáramos unos minutos al llegar al primer piso. La última comida me había caído mal o no sé, demasiadas horas sin tomar algo. Sudaba a mares y sentía que el aire no me entraba tanto como necesitaba. “Me hace acordar a mi papá, Doctor”, observó el policía.

Reinaba el más absoluto silencio. Hasta que oímos alaridos que llegaban desde el segundo piso. Carcajadas estentóreas se filtraban entre ayes bestiales.

Subimos lo más rápido que pudimos sin separarnos. Cuando entramos a la sala donde estaban las principales computadoras el olor a plástico quemado nos ahogó. De repente mis ojos ardían. Me los froté y al enfocar vi al Comisario Cardozo caminando como si nada entre bocanadas de humo negro hacia un hombre que, arrodillado en el piso, llorando y profiriendo exclamaciones desgarradoras, se golpeaba la cabeza y repetía entre sollozos:

— ¡Funes hijo de puta! ¡Funes la puta madre que te parió!

No nos dio trabajo formalizar la detención. El tipo estaba entregado como se rinde el que sabe que hizo una gran cagada que no se puede arreglar y de la que encima no obtuvo ninguno de los beneficios con los que especuló. El que mató sin querer o el que se arrepintió inmediatamente después, al toque y no fue capaz de descerrajarse la cabeza de un plomazo. Lo esposamos y Cardozo, que tenía un muy buen manejo de redes sociales, tomó una fotografía “casual” con su celular de nosotros y el reo. Yo salí con expresión seria, consultando un formulario, muy comprometido con la situación. La verdad es que empezaba a inquietarme. Cardozo lucía robusto pero



señorial y con mucha autoridad sosteniendo al encartado por las esposas y con una gruesa columna de humo azabache manando de una computadora a sus espaldas. Envío la postal a periodistas de su confianza con quienes tenía, mencionó al pasar, contratos de exclusividad y luego convocó por el handy al resto de las tropas para que hicieran su ingreso al edificio y se llevaran al masculino aprehendido.

Mientras esperábamos que subiera la gente, Cardozo me explicó que el detenido no era Funes, sino un perezil cualquiera que “ya tendremos tiempo Doctor para investigar qué pito toca en todo esto, porque evidentemente fue intercambiado por el Funes real verdadero”.

De regreso en la Fiscalía, el Fiscal General, que había terminado la parte del procedimiento a su cargo bastante más rápido que nosotros, secuestrando lanchas y otras embarcaciones de tipo, documentación y arrepentidos, requirió mi informe y se lo brindé verbalmente cuidando de omitir algunas precisiones y agregar numerosos detalles de color no siempre reales, que así es como me enseñaron se transmiten las verdades judiciales.

—Esto es grande —murmuró frotándose la pera. — Hasta podrían designarme Juez Federal Camarista... —se le escapó en susurros pronunciados como si nadie lo estuviera escuchando. — ¿Y qué hay con esos troles Moussa?

—Estaban ahí Doctor, uno más parecido que el otro a Smeagol, ese Golem escamoso de voz aguardentosa que aparece en las películas. Probablemente alimentados por vía USB endovenosa. Enajenados, troleando endemoniadamente, fabricando posverdades, una tras otra en cuestión de segundos. Dejamos una custodia policial y

nos marchamos cuando usted me avisó que...

— ¿¿Quién paga eso Moussa?! —me interrumpió a los gritos el Fiscal, refiriéndose al adicional que tendríamos que cubrir por la custodia de los troles.

— Nosotros Doctor, es un adicio...

— ¡Puta madre! ¡Tenemos que ahorrar! ¡Tenemos que mostrar austeridad y pragmatismo si queremos que me designen Juez de la Nación! ¿No sabés acaso que el dólar se fue a la mierda hoy a la madrugada? ¡Ey, ey vos! ¡Sí, vos Facundo, vení acá! Andá ya mismo con este vale —el Fiscal puso un cuponcito en la palma derecha de Facundo, un joven y prometedor abogado de nuestro staff de procuradores— y retirás veinticinco litros de súper en la Shell de la otra cuadra, te vas a lo de Funes y prendés fuego a esos troles y todo lo que hay ahí, haceme el favor... andá ya andá ya.

—Pero Doctor, se pueden perder prueb... —insinuó Facundo antes de salir no tanto porque le preocupara la suerte de la causa sino porque no tenía ganas de hacer nada, que era a lo que él se dedicaba sin que le impidiera ser un joven prometedor o acaso porque esa cualidad lo tornaba justamente prometedor, pero el Fiscal ya no lo estaba escuchando. Ahora volvía a dirigirse a mí.

—Esto es muy grande —dijo recomponiéndose—, tenemos que ser muy cuidadosos. ¿Sabías que está relacionado con el doble crimen de la Paraguay? ¿No? ¿Conocés esa historia?

— ¿La pareja que mataron a golpes el siglo pasado?

—Sí. Todo es parte de la misma trama tropical. Ya tengo suficiente material probatorio para encanutar a tres generaciones de vecinos que viven en el centro. Encontramos los diarios del sicario que ejecutó ese trabajo. A



ver. Repetíme por favor qué fue lo que viste en la sala de computadoras de Ecom.

—El detenido estaba arrodillado en el piso, dando entre temblores la más grande lamentona que se pueda imaginar, una chacarera de pura cepa, mariconeando puteadas contra un tal Fernando Funes. Como no podía hablar, no pudo explicarnos mucho más. Cardozo, que tiene mucha experiencia en interrogatorio de sospechosos, lo abofeteó y obligó a cuadrarse. Tiró su cabeza hacia atrás y le vació un vaso de agua en la cara. El fulano este se ahogó y dejó de llorar para ponerse a toser tratando de sacar el agua de sus pulmones. Entonces nos dijo que Funes había desaparecido y al mirar hacia donde nos señalaba con el dedo vimos un gran computador en cuyo teclado sobresalía una perilla enorme que alguien había girado hasta setear la máxima potencia. De la parte de arriba de ese armatoste brotaba el humo negro que ahora mismo Doctor, ahí, ahí —dije señalando con el índice izquierdo—, se puede ver desde esa ventana. Está todo en mi reporte.

El Fiscal se quedó en su oficina pensando y yo aproveché para retirarme a mi box. Quería revisar la caja con manuscritos inéditos que había secuestrado un rato antes. Había de todo. Poemas, fragmentos, cuentos, ensayitos, efemérides. Lo que me pareció la introducción de una autobiografía inconclusa (por unas notas marginales que pude descifrar) decía así: *¡Putin vencerá!*

7

Funes se siente Bon Jovi, está cansado y herido, aunque no está sentado frente a un viejo piano —porque no tiene un viejo piano y si lo tuviera tampoco sabría cómo usarlo así que debe conformarse con imaginarse— cantando “You Give Love a Bad Name” en pleno *hair rock* ochentoso o incluso mejor “Bed of roses”, ovacionado por multitudes efervescentes capaz, en los divinos centelleantes sintéticos años noventa. En efecto: sueña con las películas que no harán sobre su vida cuando muera. Siente, eso sí, que duerme sobre una cama de clavos y no sobre un colchón de rosas. Definitivamente no cree en el espíritu santo; si existiera lo odiaría tanto como odia a su difunto e infame tío Alfredo Germignani, homónimo de su real verdadero yo. Mientras sea Funes, sin embargo, puede administrar su ira, puede escribir: aunque no sirva para nada. Porque la literatura, lo proclamó en un montón de poetryslams, no sirve para nada. En eso, y capaz que sólo en eso y parcialmente ya que sus fundamentos son otros, está de acuerdo con Litter. Cuando Alfredo está sensible, cosa que ocurre cada plenilunio, Funes lo encierra en una habitación y apaga la luz porque no puede verlo parar de llorar. Y Funes no obstante siente



que tiene que contenerlo. A veces Funes abre la puerta, solo para ver si paró de llorar, y lo que ve es su propia silueta desdibujarse en la semipenumbra vaporosa y sus ojos envenenados brillan como turmalinas negras arrancadas de la garganta degollada de un dragón de Komodo. ¿Cómo fueron parar esas turmalinas ahí?, piensa.

Estaba en un momento de su vida en que no podía permitirse llorar frente a la demás gente. Se sentía en soledad rasposa y desafiado de la realidad real verdadera que tanto lo había acorazado en otras latitudes crónicas de su juventud arrebatada por la sensual cultura de los noventa. Así, como un fantasma, caminaba los pasillos de su propia historia como el Marqués de Coustine en el Palacio de Invierno de San Petersburgo de ese maravilloso—extraño de estafalaria magnanimidad que es *El arca rusa* de Aleksandr Sokúrov:

Abro los ojos y no veo nada. Sólo recuerdo que ocurrió una desgracia, y todos corrieron a salvarse cada uno como pudo. Pero no recuerdo qué me pasó a mí...

Naturalmente había acentuado su temperamento vengativo y rencoroso y no faltaba día que elucubrara un magnicidio ultragore contra Virrey Macri y todos los patanes fariseos de la mejor ladronera de los últimos cincuenta años, si encontrara la puertita Jonbar que lo llevara al momento justo en el instante adecuado para desdoblarse la línea de tiempo de la ucronía de Subtrópico Profundo. No era nada fácil encontrar una puertita así, y un poco lo lamentaba, tantos años buscándola al pedo.

Estaba sobre todo enojado consigo mismo porque se sentía un “fracasado económico”. Así se lo había dicho a su siquiatria: “Uso las ficciones para encubrir las frustraciones de las que jamás podré hablar”.

Por supuesto que no se sentía “especial” por eso. Al contrario, era una carga emocional adicional por haber sido “tan romántico” y “tan *buenudo*”. Ni nombre propio había podido tener, hasta eso le robaron. El misticismo cristianista adulador de Bon Jovi no perdonaba a los pecadores autorredimidos de “Santa Fe”: algunos espíritus intoxican y hay que rehusarse al cielo porque el Diablo ya se salió con la suya. Por supuesto que era un argumento harto vergonzante para un misántropo introvertido de corazón sensible como Funes, que para encajar debía autoconvencerse comprensivo y afable.

“¿En serio, no podés ser tan *Carefree*?”, lo intimidaban a Funes. “Tenés que decirle que la querés atracar. Andá, decile que la vas a *atracar*”. ¿En serio se podía pensar que podías obtener un beso de Primer Amor usando una palabra como atracar a los doce años? ¿Querés atracar conmigo? Vamos a atracar. Patético. E insuperable.

— ¿Y qué pasó? —preguntó Litter desganadamente, pensando en que el fracaso de Funes podía servirle para entender mejor el suyo propio, y se colocó una pepa detrás de la lengua.

— ¿Qué pasó con qué? —dijo Funes.

—Con Primer Amor.

—Ah, sí. No, nada. No pasó nada. Bueno, sí. Pasó algo. Fue terrible en realidad. Se fue corriendo. Recuerdo la cara que puso, todavía puedo verla en el-hoy-de-ahora-que-estamos-de-esta-realidad-distorsionada-de-lo-naravilloso-extraño: hace instantes tenía una mediasonrisa primaveral que fue precedida por una decepción indeclinable y dramática y un silencio tajante y perturbador como el que seguramente experimentó



Mileva Maric cuando entró en razón de que Einstein era en realidad un simple mujeriego misógino despreciable del más rancio narcicismo, para luego transformarse (su cara obviamente) en un inmenso mayúsculo contundente certero: “AH NO, PERO VOS SOS UN PELOTUDO ILUSTRADO, EH”. Después bajó los peldaños, corriendo. Desapareció la figura motivadora de mi-infancia-primera en la corva de un punto Jonbar de una escalera caracol por la calle Donovan. Esa noche no bailé lento con ella. Bailé con otra que gustaba de mí. Y ella bailó con otro que gustaba de ella. Y yo la miré. Y ella me miró. Lo sé yo. Lo sabe ella. Nos miramos. Y secretamente, también morimos. El otro, Litter, como suele ocurrir en estos casos, ni enterado, feliz volvió a su casa. Creo que es un contador exitoso que hizo carrera en el Tribunal de Cuentas, donde cómo sabes Litter el sueldo es inversamente proporcional de bueno a la cantidad de actos de corrupción que el mentado Tribunal de Cuentas descubre en sus quehaceres cotidianos.

El bulto pesaba más de lo que parecía. Funes le pidió a Litter que lo ayudará a mover la bolsa mortuoria, pero Litter escrolleaba su perfil de Instagram. Buscaba mostrarse activo y amoroso en una red social en la que nadie lo es. Se sacaba selfies con la bolsa mortuoria mientras Funes la arrastraba.

—Litter, tenés que laburar más chamigo.

—Pará que me está entrando una llamada... ¡Hola! ¡Sí! ¡Sí, sí, te escucho bien! ¡Qué pasó! ¡No! ¿En serio me estás diciendo! ¡Esto es grave! ¡LPMQLRMP! Bueno, dale, yo me ocupo, enseguida voy para allá —Litter cerró la llamada deslizando su dedo en la pantallita, hizo unas rabietas al aire con las manos y lanzó un gargajo a

la bolsa mortuoria y después le encajó un puntín con el borcego. Un sollozo sufrido vino desde el interior del bulto.

—Pará Litter, lo necesitamos vivo a Saporitti. ¿¡Qué mierda pasó!? ¿Quién puta te llamó?

—Mona. Me llamó Mona.

— ¿¡Qué quiere Mona a esta hora!?

—Quiere que vaya a redactar un proyecto de ley, Funes. Tenemos que declarar de interés cultural y aprobar la adquisición de tecnología nuclear china, el kit de bombas vencidas que quiere comprar el Gobierno provincial por el temita de la operación militar rusa en Ucrania. Lo pidió *Goberneitor*, que lo hagamos urgente, viste que él no come ni deja comer. Pero ese no sería el problema, Funes. Parece que Gutiérrez Irala se pasó de rosca en la hora sado-gay, quedó duro como charqui después de toda la papota escarlata que se esnifó y ahora tenemos que reemplazarlo porque no llega para la votación y alguien tiene que poner el culo en la banca para que haya quorum. Mona quiere que ese alguien sea yo. Dice que nadie va a darse cuenta, que ella ya arregló todo con Muñoz Kent.

—Caramba, Litter. Caramba. ¿¡Y ahora tiene que ser!?

—Sí, vos sabés cómo es esto. Convocaron a una sesión extraordinaria de urgencia.

— ¡¡¡La concha de la lora!!! ¿¡Y qué vamos a hacer con Saporitti!? —Protestó Funes, bastante malhu-morado. Le pegó otro borcegazo al bulto sacudiéndolo nervio-samente—. Se supone que si lo hacíamos pasar por la puerita Jonbar íbamos a poder encontrar a Cisne Maricón, carne de cañón para la Ope-



ración Almirante Storni, pieza clave a su vez para des-articular la conflagración interna en el Partido Judicial y acomodarnos en el tablero geo-político internacional, Litter.

—Para mí que lo tenemos que dejar acá a Saporitti, Fu-nes.

—¿Cómo dejarlo acá?

—Sí, dejarlo tirado como se dejan tiradas las cosas. Todo se puede dejar tirado Funes. De hecho, todo va a ser dejado tirado en algún momento. Lo único que sobrevive Funes es la ficción e incluso la ficción queda tirada por ahí, como si tal cosa, ya que muy a duras penas es *buena* literatura la ficción. ¿Cómo vamos de páginas a todo esto?

—Y... todavía no llegamos al verosímil. Ni a lo extraño-puro, ni a lo fantástico-extraño, ni a lo fantástico-maravilloso, ni a lo maravilloso-puro, que exige Todorov para que seamos serios como quieren Nigrow y les otros. Porque lo tropical se recombina, Litter, e invierte lo real ¿entendés?, pero no escapa a su esfera: hay una relación parásita con lo real verdadero. Lo fantástico no puede existir en forma independiente de lo tropical, lo cual indica finitud en un grado muy frustrante, según explica Rosemary Jackson.

—Bueno... no sé, Funes. Ni siquiera sé quién es toda esa gente que mencionás. Más de lo que hacemos, no podemos hacer. Ya estamos grandes, si no pudimos antes, no vamos a poder ahora. Así que tenemos que conformarnos con esto... —Litter le ensartó otro puntín al bolso mortuorio en cuyo interior Saporitti chillaba rogando piedad, que no lo zapatearan más.

—Y bueno entonces... andá nomás vos. No quere-

mos que Mona sospeche nada ni se enoje sobre todo queremos que NO SE ENOJE, Litter, porque cuando Mona se enoja pueden pasarte cosas... Ya veo yo qué hago con Saporitti. Capaz lo llamo al Dr. Inchauspe, no sé.

Funes pensó en ese momento que más de la mitad de los argentinos tienen más deudas que ahorros. Un 45% no tiene siquiera ahorros, es pobre o muy pobre o indigente, un 4% capaz llegue a solventar un año de jubilación mientras que el 1% concentra toda la riqueza que sus antepasados le afanaron a los antepasados de todos los demás antepasados. La historia argentina es como un castillo de naipes edificado sobre el lomo de una vaca invernada y si no tuviste la suerte de tener un apellido como Peña Braun seguramente reventarás con la inflación sea cual sea la época en la que vivas. Así las cosas, Funes se lamentó una vez más no poder contener ni continuar los argumentos del flashback tropical, y le pegó una patada voladora a la bolsa mortuoria con Saporitti en su interior, enviándola adentro del punto Jonbar. Después, se arrojó él mismo real verdadero al grito de “¡Putin vencerá!”



8

—No pasó nada, Litter. No pasó nada. Y no pasó nada porque no necesariamente siempre tienen que pasar cosas. A veces las cosas no pasan simplemente porque no pasan, sin más explicación, y nos quedamos esperando que pasen, enturbiados y desenvainados. Pero es el tiempo el que sí pasa. Aunque las cosas no pasan con el tiempo, y es entonces que nos damos cuenta que el tiempo en realidad sí pasó: en nosotros, y hay una gran distancia entre lo que vemos que somos y lo que no pasó. Yo por eso justamente tengo a bien para mí tener sueños sencillos, no soñar más de la cuenta, no propasarse. Hijo de una empleada de comercio de repuestos para ginoides multiseculares para cuyo padre biológico fue mejor desaparecer en la Deep Web de Subtrópico Profundo, porque “con tu mamá no te va a faltar nada”. Dicen: “Tenés que conformarte con lo que tenés, disfrutar de la vida. Es lo que hay”. ¿Qué se supone que significa eso? Que ¿tengo que olvidar todo, perdonar, porque el pasado no puede cambiarse? Pues Funes y yo decimos que si el pasado no puede cambiarse el futuro vale menos que un bitcoin o un ucraniano y el presente —si tal excentricidad cronológica es posible— es una metralleta de pedos



contumeliosos. Por eso cuando enrumbé para la Plaza de La Victoria, no imaginé que me cruzaría con un acto protocolar del Señor Gobernador, ladeado como siempre por plenipotenciarios de distintos colores y estratos jerárquicos y convenientemente aplaudido por tenedores de subsidios y becas anaranjadas y miembros evasores de distintos colores y estratos jerárquicos de la Cámara de Comercio y de la Sociedad Rural. El Señor Gobernador estaba inaugurando una oficinita eutanásica en el Centro de Aparatos Culturales desde una cabina holográfica que transmitía en vivo para todas las redes sociales enchufadas a Subtrópico Profundo y retransmitida por el sistema público de altoparlantes. Hablaba sobre próceres excelsos a quienes todo ciudadano tropicante debía respeto y reverencia: “El excelso Mempo Giardinelli. El excelso Johann Wolfgang von Goethe. El excelso William Shakespeare. El excelso Mario Vargas Llosa. El excelso Jorge Luis Borges. El excelso Aristóteles. El excelso Copérnico. El excelso Gaucho Martín Fierro. El excelso Thanos. El excelso Miguel Mateos. El excelso Rudolf von Sebottendorff. El excelso Steven Seagal. El excelso L-Gante. El excelso Clota Lanzetta. El excelso Chano Moreno Charpentier. El excelso Ricardo Darín. El excelso papá de las Trillizas de Oro cualquiera haya sido su estatus Alpha. El excelso Don Pericón. El excelso señor que puede levantar setenta y cinco kilos con los testículos. El excelso Luis Miguel. El excelso Marco Aurelio. El excelso Bartolomé Mitre. El excelso sidoso Charlie Sheen. El excelso Jonah Hill. El excelso Charles Bronson. El excelso Mr. Crowley. El excelso Mauro Viale. El excelso Jordi Zizomurdi. El excelso Subcomandante Carlos del grupo comando Sabino Navarro...”

Empezaba a autodesintegrarse mi cerebro cuando se abrió paso, lanzando manotazos desesperados entre la asesoría legal notarial y los escribas oficiales del Señor Gobernador, Juan Manuel el Gran Comendador del Tabernáculo, daba nariguetazos excitados al aire como un ñandú esquivando los bombardeos rusos por las calles de Kiev. Lo contuvo el ministro Edilberto Núñez Azcuénaga, encajándole un codazo electrizante en el mentón lo dejó medio abombado. El Magister lo disimuló muy bien sacudiéndose la solapa de su saco terracota, mientras instagramers y youtubers de los canales oficiales aplaudían su cara para reanimarlo. No contento con la trapisonda truncada, *artistas* y militantes culturales montaron una carpa exprés de protesta y exhibición artística en la Plaza de La Victoria, se trepaban a los árboles vestidos con repasadores de cocina y chalinas hindúes, practicaban extraños rituales ecosexuales enroscándose entre ramas de chivatos, jacarandás, paraísos, eucaliptos y hasta cactus y palos borrachos, recitaban poemastros lamentones en rededor de los mismos y evidentemente era imposible acercarse a ellos porque tumbaban estatuas y esculturas galvanizadas con los hedores catíngudos que desprendían sus sobacos y cueros grasientos producto de su carencia de limpieza y de amor y de buen gusto. Reclamaban noventa y nueve cosas etéreas y reducción de tareas (decían estar agotados por el cansancio) y un aumento de sueldo. Raudamente se desplegó el escuadrón pretoriano de la temible Policía Motorizada Penitente provisto con máscaras antigás, y entró a repartir plomo y tunkazos a discreción. Les jipis caían de los arbustos como garrapatas achicharradas con colillas de cigarrillos. El Comisario General Cardozo, avejentado pero vigente héroe de



la época de la operación Almirante Storni, monitoreaba la represión revoloteando como un moscardón sobre la gresca desde su deslizadrone gravitante a los ithacazos cuando una bomba molotov reventó contra su cabeza y lo derrumbó en un charco de chocolate y trocitos de sesos gelatinosos sobre el palco oficial donde el gabinete esperpéntico del Señor Gobernador aplaudía vehementemente. Yo en ese momento estaba encendiendo un inclaudicable porro en flor Dr. Grinspoon de Barneys Farm, acovachado en el bunker de la muchachada Neo Thule, su fantástico humo, ligero y especiado con toques aromáticos de frutas tropicales me deconstruyó en segundos cuando inhalé y exhalé sensualmente. Lo estaba viendo todo en el vivo de Instagram del Gobierno y comprendí inmediatamente que en otra realidad paralela la Operación Almirante Storni estaba en curso pues de otro modo el perenne quilombo no resultaría verosímil. Y verosímil o no, el perenne quilombo era. No como otras cosas, los *feeds* de les legisladores, por ejemplo, que parecían que eran, pero no eran. Fue así que experimenté un subidón cerebral energético y tuve la idea de secuestrar a Corcho Saporitti para entregarlo al batallón Azov, haciéndolo pasar por Ramzán Kadýrov, el sanguinario patriarca checheno que quiere exterminar a les homosexuales, divorciades y a les ucranianes en general. Ya sé que me vas a decir que Kadýrov es un poquitín más gringo que Saporitti que parece más bien hindú, pero lo podemos solucionar con un poco de agua oxigenada, Litter. Fue así que, habiendo reventado un chaparrón copioso, me calcé mi piloto color caquis y rajé para el punto Jonbar entre los arbustos de la Catedral, en el trayecto te mandé unos mensajitos de texto por Telegram: “COMPRÁ UNA BOTELLA DE AGUA OXIGENADA Y UNA BOLSA MORTUO-

RIA EN FARMACITY”. Ahora lo importante para la narrativa no es cerrar el círculo de lo verosímil sino romperlo. La búsqueda imposible de una estética del lenguaje para el deseo consiste en empujar el discurso popular hasta sus límites anversos, hasta el punto de ruptura. ¿Y sabés cuál es el punto de ruptura?, Litter.



9

Era evidente que Funes estaba sumido en alguna clase de enajenación emocional aguda, producto de la ausencia prolongada de su figura paterna. Pero sin embargo la idea no era desquiciada. Ciertamente era que faltaba más consistencia narrativa, capaz. Pero el punto Jonbar estaba ahí. Y a la realidad verdadera le importa tres pelotas la literatura, por eso la ficción es el abrevadero de toda Verdad posible. Fútil, eso sí, pero Verdad al fin.

Para evitar mayores inquinas, Alfredo había renunciado a la vocalía ejecutiva del Centro de Aparatos Culturales. La verdad es que ya estaba harto de todos y lo habían desdibujado y él un poco —premeditadamente— lo había consentido porque su ciclo de Sol ya había concluido. Gobernador además pidió que rodara su cabeza cuando Mona eyectó a la Cámara de Diputados y en su lugar pusieron a Chewbaka, un execrable y leguleyo transdroide ex funcionario de Asuntos Internos del Partido Judicial, quien ladearía junto al flamante presidente del Centro de Aparatos Culturales, el fosforescente y siempre reciclado Mauricio Ferro.

“Bueno, sí, sí, Alfredo es un buen muchacho, le agradecemos todo lo bueno y sobre todo todo lo malo que



hizo por la cultura de todos los ciudadanos tropicantes, pero necesitamos a Chewbaka en la vicepresidencia. No es una consulta Ferro, ¿me entendiste? Él o ella, tipo o tipa, medio humano, medio bot, como sea, es manifiestamente clave por su militancia política y fidelidad al movimiento interino Wolfsangel Neo Thule de nuestra coalición. Es una decisión del Señor Gobernador, que soy yo ¿me entendiste? Así que no quiero lloriqueos. Hoy mismo firmo el decreto y mañana sale publicado en el Boletín Oficial, decile a Funes que vaya despejando la oficina”, había ordenado en off el Señor Gobernador a Ferro a través de una llamada holográfica después de la ejecución de tres jovencitos homogays arrojados desde la azotea de Casa de Gobierno.

Lo mejor que pudo hacer Funes fue salirse del grupo de WhatsApp del Gobierno Local. Coincidí con él, en eso. Me lo contó cuando nos encontramos para hacer el último programa de Radio Zeta, me mostró las capturas de pantalla con los emojis y stickers que le mandó Ferro.

Yo naturalmente le expresé mis más sentidas condolencias, aunque como abogado procurador de la Fiscalía de Estado enumeré las experiencias exitosas de Putin en las sanguinarias masacres del teatro Dubrovka y la escuela de Beslán, cuando mandó a la temible unidad antiterrorista de operaciones especiales Alfa a meter plomo a los malvados separatistas chechenos, evitando así —tengo a bien para mí que muy sabiamente— una tragedia aún mayor. Aunque con daños colaterales enormes, la decisión de Gran Domador de Osos fue la mejor —expliqué a Funes—, así como la incursión militar en Ucrania, que tiene el doble y loable objetivo de, por un lado, desnazificarla y desmilitarizarla, y, por el otro,

evitar la Tercera Guerra Mundial, ya que esos payasos armados son más peligrosos que mono con escopeta. En efecto: grafiqué todo esto diciendo que el señor Putin tenía una paciencia de hierro porque demoró años (al menos dos, contabilicé) la reacción del gran Imperio Ruso contra los **Caricatos** (y digo bien Funes: **LOS caricatos**, porque los perversos ortodoxos zaristas son una mayonesa amarilla difícil de tragar y nosotros sabemos de pastillas amarillitas hartó complicadas de bajar por el buche). *Perseguiremos a los terroristas por todas partes. Si es en un aeropuerto, en un aeropuerto. Y si los encontramos en el baño, perdónenme, los asesinaremos en el mismo retrete.*

—La revancha debe saber esperar, pues mientras más es-peramos más sublime y esplendoroso será el rencor que usaremos para castigar a quien nos amargó la vida; la indiferencia es fatal —le dije a Funes y después me desmaterialicé y me materialicé de nuevo nuevamente en la Cámara de Diputados, donde Mona me esperaba impacientemente para el inicio de las sesiones ordinarias.

Ni bien me vio Mona me dijo que Gutiérrez Irala la había traicionado y que quería que corriera sangre y no cualquier sangre sino *su* sangre. Yo le respondí que tenía cinco trabajos y que debía mantener a mi gato Bienvenide, que eso no era para nada sencillo porque ese gatito era un hijo de puta consumado que me robaba cuanta comida yo me olvidara en la casa, y que no podía seguir así porque estaba al borde de un colapso mental y espiritual parecido al que experimentó el exboina verde John Rambo cuando volvió de Vietnam y un policía pelotudo lo metió preso por vagabundo.



Por supuesto a Mona no le gustó nada mi falta de sumisión al Proyecto y lanzó unos graznidos guturales para expresar su desaprobación. Me cagué en las patas. Señal de que debía refrendar mi compromiso con el Partido. Le ofrecí tributo para renovar los votos de mi lealtad: la sangre de la ex intendenta y actual presidenta del raleado, pero siempre acechante Partido Anaranjado, Edith *Flecos* Stafuza. Negó con la cabeza mientras respondía mensajitos de WhatsApp con stickers, y observó:

—No. Ni en pedo Litter. Es media mujer, mi filiación natural no me lo permite ¿viste? Puedo tener repercusiones no beneficiosas... Por muy hija de puta que sea la Stafuza y muchas ganas de venganza que tenga, no puedo. Pero si me traes los garbanzos de Ferro puedo hablar con el Gobernador para que renueve, por decreto sellado y rubricado con su sangre, los votos de tu lealtad.

Le dije que sí al toque sin pensarlo. Mona era una mujer inteligente y devastadora. El gesto político de negar un encargo (o peor aún traicionar) a Mona podía derivar en una inexorable inevitable muletilla de oficina (así como dramática y áspera realidad del hampa local): *lo suicidaron*. No estaba la cosa para eso, yo necesitaba mantener mis cinco trabajos, en tres de los cuales no ganaba, sino que perdía dinero. Yo intuía lo grave de las repercusiones y Funes me lo había advertido así que la decisión no era difícil: o eras Giordano Bruno o eras Galileo Galilei.

De modo que tuve a bien para mí sellar el trato entregándole a Mona el proyecto de ley de compras de basura nuclear china correctamente redactado, sellos y membretería doblemente certificados. Todo legalizado por el Vice Cónsul. Agarró las hojas sacudiéndolas vehe-

mentemente y desparramó una mirada severa por todo el despacho, los demás asesores boyaban por allí, aunque no pudiéramos verlos —boyaban allí—, ya que era información confidencial inherente a los gastos reservados la cantidad de asesores que podía poseer un diputado sin que el resto de los asesores pudiéramos saberlo. Temían a Mona como puede temerse una manada desencajada de bisontes americanos galopando hacia tu escondite favorito.

No era conveniente desaprovechar el momento así que le dije a Mona que debía —sí o sí, antes del inicio del ciclo de Fuego— desmaterializarme para dar cumplimiento a su requerimiento, encontrar a Ferro, capar sus garbanzos y entregárselos, lo que me garantizaría poder continuar teniendo cinco trabajos. Asintió sólo como Mona sabe asentir, orquestando cierta gestualidad de graciosa majestad corrugando la nariz, como la que seguramente orquestó Pampita cuando lo encontró a Vi-cuña pololeando con la China Suárez.

En un pinpunpaf aparecí materializado en la vieja recova del abandonado Mercado Central. La escena me parecía extra-vagante, un déjà vu cartoneado. Vi a Litter —otro Litter, como si no tuviéramos suficiente conmigo y con el otro Guido— llegar a la esquina. En frente, bajo una recova oxidada de chapa recauchutada, había dos policías de la Motorizada Penitente a los arrumacos. Llovía finito.

Inmediatamente lo llamé.

—Funes ¿dónde estás?

—Estoy acá.

— ¿Dónde *acá*?

—Acá en el orto del mundo Litter. Hace mucho frio,



acá, en Kiev. Lo tengo a Saporitti conmigo, ya “lo preparé” para entregarlo a los muchachos del batallón Azov. ¿Dónde andas vos? Metele porque las tropas rusas están sitiando todo...

— ¡Ehhhhhh! ¡Pero cómo! Si todavía no pasé por Farmacity.

—Litter estás en otra sintonía. Necesito que te concentres. Recordá que lo fantástico no manifiesta la misma intensidad en cada una de las líneas de tiempo narrativa: aparece para dar la medida de los deseos de asesinar de los personajes para desgarrar la vida después de la muerte. Las perversiones humanas no abandonan en general los límites de lo posible ¿entendés? Por eso sólo nos vamos a encontrar frente a lo socialmente extraño e improbable. Ahora bien, si todo esto es muy confuso no me quiero imaginar cuando encuentres los garbanzos de Ferro y de yapa los de Gutiérrez Irala en los bolsillos de tus pantalones, los puse adentro de una bolsita ziploc, son chiquititos. —Funes tenía razón. Tanteé mis bolsillos y allí estaban los garbanzos del flamante presidente del Centro de Aparatos Culturales y los del gatopardista Gutiérrez Irala. Sentí un hormigueo frío y repugnante entre los dientes como si tuviera ciempiés jugando a contorsionarse adentro de mi boca. Antes que pudiera reaccionar, continuó: —Ahora escuchame bien Litter, tenemos poco tiempo. Ayer me llegó un archivo encriptado del Kremlin. Me dieron información sensible y un millón de rublos para que podamos seguir editando libros que nadie lee a cambio de que les revelara las ubicaciones de los puntos Jonbar. Putin planea usarlos para asesinar al comediante Zelensky él mismo con sus propias manos, lo cual me parece correcto y necesario.

La “información sensible” corresponde a fotografías y vídeos del Gobernador en plena transformación en Cisne Hermoso. Sí, el Gobernador es Cisne Hermoso, usa una funda de preservación criogénica de camuflaje especial diseñada por Flavio Mendoza, que como sabés *se suicidó* después de vender su diseño. Yo lo que hice, teniendo en cuenta todo lo que está pasando, fue aceptar este laburito que nos propusieron les chiques del Grupo Wagner. Estoy infiltrado en el batallón Azov, acá sí son fachos de verdad, Litter, si me llegan a descubrir la Operación Almirante Storni se viene abajo ¿entendés? Vamos a usar la “información sensible” para extorsionar al Gobernador. Los garbanzos de Ferro y de Gutiérrez Irala mandáseles a Mona. Veamos, si nos ajustamos al plan, estaremos bien Litter. Andá para la Catedral, entre los arbustos, ahí te espera un Funes de otra trama narrativa del multiverso tropical, que soy yo pero que no soy yo. Y no lo olvides: *¡Putin vencerá!*



10

El dólar se derrumbó. Cientos de miles salieron a la calle. Cagados de hambre. Cagados de miedo. Saqueos, crímenes y suicidios. Cadáveres. Montañas, enormes nauseabundos tocos de basura. Olor a mierda y muerte. Quienes pudieron robaron y mataron. Quienes pudieron sobrevivieron y mataron. La Policía se acuarteló. Los de Gendarmería y los ejércitos tomaron el control de los Municipios. El Gobierno de Gran Mono cayó cuando la hiperinflación hizo reventar las reservas del Banco Central y el déficit cero y la tasa de interés como recua humana destripada debajo de la roca de Sísifo de la Historia Argentina. Lo mejor sin embargo fue ver a los de la Mesa de Enlace empalados por el culo en la Plaza de La Victoria. Después buscaron a los ceos de los monopolios de los alimentos. Después fueron por los banqueros. Fueron por los brókers. Fueron por los de la Bolsa de Comercio y los de la City Porteña. Fueron por los del Abierto de Palermo. Fueron por los patrones de los conglomerados mediáticos. Fueron por los influencers de las redes sociales. Después disolvieron los sindicatos. Después cerraron los partidos políticos. Después las indiadas, las ñeradas de las Provincias Federadas tomaron



el control de CABA, la sitiaron como marabunta y la devoraron hasta los sesos al grito pelado de *¡Justo José de Urquiza, Gran Traidor entrerriano mierda sorete malcagado!* No había gobierno ni régimen ni dictadura. No había precios cuidados. No había hospitales. No había odontólogos. No había Netflix ni Spotify ni Tik Tok. No había prepaga. Ni ABL. Ni luz. Ni agua. Ni gas. No había nada —lo cual semánticamente era una contradicción. Fucking Extinction Event.

El cielo parecía desgarrado por sábanas anaranjadas rojizas vaporosas. El invierno nuclear era hermoso y distante como una rutina de cinta de la medallista olímpica rusa Alina Kabaeva. Era hermoso y distante, sí, si pensabas que sencillamente había extinguido a casi toda la humanidad, ¡realmente lo era! Los yanquis, los europeos migraron para acá. Y acá los esperamos como ellos nos recibieron a nosotros allá. Los usamos como mano de obra barata. Después —cuando todavía había un *después*— nos dimos cuenta que no tenía sentido que fuera barata la mano de obra si podía ser gratis, y los esclavizamos y los comimos. Fue reparador en cierto sentido. A todos los gringos los teníamos de forros, qué buenos tiempos. Claro que había quienes querían revelarse. A ésos los usábamos como ejemplo cuando los lanzábamos de la azotea de ejecuciones de la Casa de Gobierno Local.

La hora sado-gay había dejado de ser La Hora y pasó a ser El Día sado-gay. Después fue La Semana. Después fue El Mes. El Año. Después fue Para Siempre. El sadoismo-gay comenzó a organizarse en manadas lideradas por un Cisne Hermoso. Todos los Cisnes Hermosos tenían isótopos radioactivos que te contaminaban de sexo

y desvariabas y pernoctabas por las calles bombardeadas de la city subtropical correteando gaviotas imaginarias completamente excitado y desencajado y duro como Jean-Claude Van Damme en *Street Fighter*.

La Operación Almirante Storni empezó con un simple hecho de corrupción informático y culminó con la Gran Guerra, la Gran Bomba C. Usamos la “información sensible” que el Kremlin envió a Funes para exigir ante el Parlamento la renuncia inmediata de Señor Gobernador y su posterior ejecución en la azotea oficial. Dado que Señor Gobernador impulsó y reglamentó la primera hora sado-gay obtuvo un indulto moderado, y lo mandaron a Pampa del Infierno a degollar y faenar chivitos, destripar sus menudencias, para cocinar chanfaina para los Nuevos Amos del Mundo.

Cuando Funes reveló a Putin las ubicaciones de al menos una treintena de puntos Jonbar torció el rumbo de la historia. Se acordó de su padre ausente, rascándose los dientes con un escarbadientes en su casucha de Barranca Profunda, con su empinada panza peluda apuntando al techo desparramado su culo sobre un sillón de cuerina entufado de transpiración, mirando en un televisorcito de catorce pulgadas un informe noticioso sobre Gorbachov, comentar: “Ese chabón cambió la historia del mundo”. Al respecto me dijo Funes: “Al hablar de un acontecimiento extraño, no tenemos en cuenta sus relaciones con los acontecimientos pasados y contiguos, sino los que los une con otros acontecimientos futuros y contiguos, alejados en la cadena de lo verosímil, pero semejantes u opuestos”.

Argüí, pues, que los puntos Jonbar plegaban el espaciotiempo narrativo siempre y cuando pudieras *desgra-*



bar tu pasado tuyo particular analógico, digitalizarlo y guardarlo en la nube de Subtrópico Profundo y finalmente glitchear la composición de su algoritmo. Es decir, un recuerdo grabado puede tener una versión visual y sonora, y transformar una sensación en una imagen o en un sonido o en un universo o en una puertita Jonbar.

Yo le dije a Funes que todo esto era muy rebuscado, que no nos alejemos del plan laburado en el brainstorming de Radio Zeta: tres narradores: [1] omnisciente, [2] Litter y [3] Guido —autor real verdadero. Él insistió:

—Mirá, Litter, lo único que podemos hacer en este momento que estamos viviendo de harta zozobra apocalíptica es matar a todos los abogados y suprimir el Partido Judicial y guillotinar a los de la Suprema Corte de la República. Y en lo personal, lo mejor que vos podés hacer es abdicar a tus diez trabajos, y musicalizar el Extinction Event.

Al día siguiente me mandó un mensajito por Telegram: “Estoy en Mariúpol, las noticias dicen que bombardearon un museo de consolas y ordenadores clásicos en el que se exponía hardware de los años 50 hasta principios de los 2000. Pero en realidad fui yo, Litter. Necesitaba abrir un punto Jonbar para mandar un mensaje. Ah: ya lo entregué a Corcho Saporitti. ¿Podés creer que los boludos del Batallón Azov se comieron el verso de Ramzán Kadýrov. Esto se termina en unos días”.

Unos días después Putin aprovechó la visita Biden a Polonia, el *De La Rúa yanqui*, y organizó la Gran Doma Mundial de Osos en Moscú. El mortecino Nelson Castro estaba tan dopado que salió a desmentir un meme. Yo pensé —en mi interior muy profundo adentro personal— que el tiempo le había dado la razón a Róisín

Murphy, machiruleada a más no dar por su ex Mark Brydon quien no la dejaba opinar sobre la composición de la música de Moloko porque supuestamente ella no sabía nada de música electrónica, house, disco, dance y trip-hop, ah sí qué carambola. Otro perfecto e inmaculado *dickhead* como Jorge Lanata o Jorge Rial o Jorge Luis Borges y tantos otros Jorges. Por supuesto que Róisín después de *Ruby Blue* dejó muy expuesta la pedantería machirula de Brydon. No diré más al respecto, salvo que la misma Róisín Murphy dijo en un montón de entrevistas que para ella no ser realmente famosa es una bendición, porque no podría enfrentarlo, sería una pesadilla: “Si la gente piensa que soy famosa es porque saben lo que hago. Si fuera más famosa o lo fuera por otras cosas, dejarían de prestar atención a la música y me hablarían, pero, solo les importaría la fama y me pedirían una foto porque soy famosa, y me volvería loca. Solo quiero concentrarme en vivir en este mundo, hacer lo que me dé la gana, trabajar con quien me dé la gana y desarrollar una carrera interesante”.

Macri la pifió mal y pasó vergüenza en el Campeonato Mundial de Bridge y murió baleado a la salida de un puticlub por miembros activos de la mafia Ndrangheta. Toto Caputo fue sentenciado a la Cuna de Judas. Alfonso Prat Gay fue ajusticiado en el Burro Español. Nicolas Dujovne encontró paz adentro del Toro de Falaris. Marcos Peña no expresó sentimientos —igual que durante toda su gestión y durante toda su vida— cuando sus genitales fueron devorados por las incandescentes Tijeras de Cocodrilo. Garavano, Bergman y Dietrich relincharon como caballos cuando fueron introducidos a la Dama de Hierro. Para Iguacel, Avelluto y Aguad el Garrote Vil,



la Cigüeña y la Pera, respectivamente. Pato Bullrich y todos los demás fueron lanzamos al espacio en un cohete construido especialmente para lanzarlos al espacio y murieron elegantemente petrificados a menos 270 grados bajo cero. Todas las ejecuciones fueron transmitidas en vivo por las redes oficiales de Subtrópico Profundo. Fue muy bello y sentido, pero ya en gran parte del planeta regía una brutal, aunque equitativa y ciertamente limitada Aporocracia.

Funes seguía preguntándose cosas como: ¿Dónde está Meg White? ¿Qué pasó con Linn Berggren de Ace of Base? ¿Qué pasó con Dana Plato? ¿Qué pasó con Sean Young? Alfredo seguía preguntándose cosas como: ¿Por qué cada vez que me pregunto por qué recuerdo que mi psiquiatra observa que la pregunta no es *por qué* sino *para qué*? ¿Para qué —entonces— hay que preguntarse para qué? ¿Para qué sigo escribiendo si escribo mal? ¿Para qué quiero ser un escritor que escribe mal? Guido seguía preguntándose cosas como: ¿Para qué estoy vivo? ¿Tiene sentido todo esto? ¿Lo otro? ¿Tiene sentido lo otro? Litter seguía preguntándose cosas como: ¿Para qué abrazar si no sentiré nada? ¿Para qué dejar que me abracen si tampoco sentiré nada? ¿Aceptaré el lector que lo que estamos contando es real y verdadero?

Los últimos días de la humanidad fueron dicharacheros y afectuosos, aunque ciertamente —como dije, producto del invierno nuclear— muy gélidos y bizarros. Yo logré conectar mi conciencia a la Matriz de Subtrópico Profundo y pude al fin desmaterializarme permanentemente, lo cual alivió en cierta medida mi misantropía exasperante para mis prologuistas, amigos, familiares y hasta para mí mismo. Funes se hizo compinche de Putin

y fue condecorado por la Federación Rusa con la Orden de la Victoria Roja y también le dieron la ciudadanía honorífica rusa y asilo político en la casa museo de Fiódor Dostoyevski, en San Petersburgo.

Para cuando les chiques del Batallón Azov se dieron cuenta de que Kadýrov no era Kadýrov sino Corcho Saporitti disfrazado de Kadýrov, ya el comediante Zelensky había sido secuestrado por un comando especial del grupo Alfa, gracias a las coordenadas encriptadas enviadas por Funes a los muchachos del Grupo Wagner, que comandaron la operación secreta Putin vencerá e intermediaron la comunicación con los oligarcas de la Federación Rusa y Gran Domador de Osos.

El De La Rúa yanqui estaba durmiéndose de costado en una conferencia de prensa en Polonia cuando Putin apretó el botón rojo y lanzó, desde las ruinas de Mariúpol, una bomba nuclear táctica TNW de precisión quirúrgica. El resto es de público conocimiento. La paciencia de Putin encontró su recompensa en un proceso de reorganización geopolítica internacional sin precedentes que dio origen a un nuevo (des)orden mundial (des)gobernado por De La Rúas musculosos. El mundo, claro, fue más justo y equitativo desde entonces básicamente porque éramos pocos humanos y de los que quedábamos, como yo, muchos decidimos transferir nuestras conciencias a la Matriz global de Subtrópico Profundo. Incluso con el invierno nuclear los únicos lugares más o menos habitables eran América del Sur, Rusia y China. El resto de la geografía del globo era basura atómica.

Fernando Funes salió al balcón de la calle Kuznechny Pereoulouk a respirar un poco de aire contaminado pero fresco al fin, y decidió que era un buen momento para



escuchar Róisín Murphy y le dio PLAY a la aplicación remota de música selectamente seleccionada de su propia nube de datos convenientemente conectada a Subtrópico Profundo, “Night of the Dancing Flame” del *Ruby Blue*. Yo también estaba conectado en ese momento así que le escribí por el chat:

—Funes anoche me mandé una de cowboys.

— ¿Qué hiciste esta vez Litter? ¿Escalaste el Macizo Vinson en un software para entidades digitales vivientes?

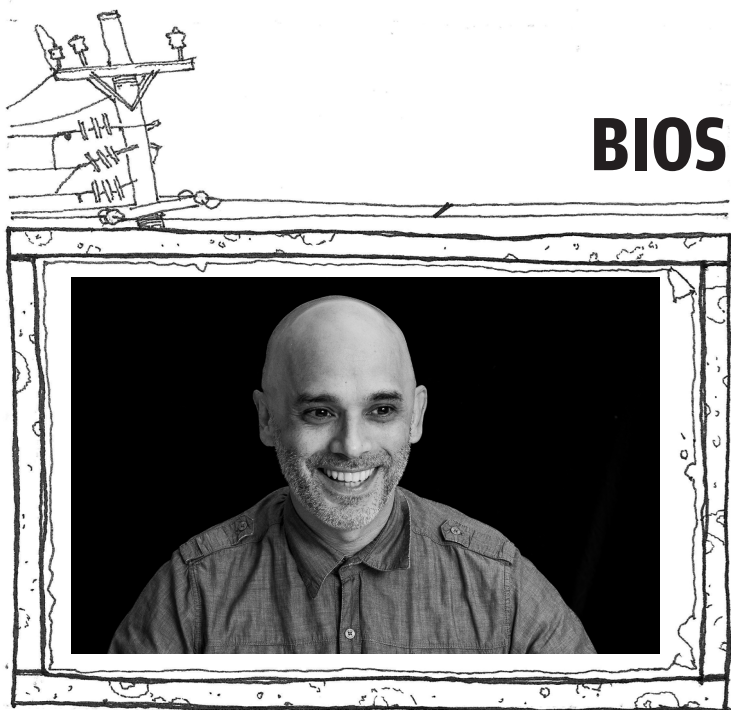
— **Jajaja.** No, mucho mejor. ¿Te acordás de Cisne Hermoso?

— ¡Cómo olvidarlo!

— Bueno, lo invité a salir.

— 😍

BIOS



Guido Moussa - 1978. Entre el 2004 y el 2014 escribió para el suplemento cultural del diario Primera Línea, "Show On". Escribió para la revista cultural Cuna. Participó en la antología de crónicas *Como Seelstrang. Nuevas crónicas de Resistencia* (ed. Cecual, Instituto de Cultura, 2013).

Publicó las novelas *Rock* (ed. Contexto, 2014), *Sabemos quién mató a Nisman* (ed. Contexto, 2015) y *Electrónica* (ed. Literatura Tropical, 2016)

en coautoría con Alfredo Germignani, con quien fundó la plataforma creativa Literatura Tropical. Coordinó, seleccionó y editó la antología de cuentos *Cuentos Tropicantes* (coed. Literatura Tropical/Cecual, 2014). En 2016 publicó el ensayo histórico conmemorativo del Bicentenario de la Declaración de Independencia Argentina 200 Años (ed. Cospel, 2016).

Resultó elegido ganador del premio Letras UNNE 2016 en la categoría cuento corto (*Paraguay 787*). En 2017 participó en la antología homenaje al rock nacional *Literatura barata y discos de goma* convocada por Cuentos Criollos (*Entre la recua humana*, dedicado a Marcelo Pocavida). En 2018 publicó *Historia de la Literatura Tropical Ilustrada y en tres partes* (ed. 3 Hermanos).

Desde el 2012 realiza, junto a Alfredo Germignani, instalaciones sonoras experimentales en centros culturales, museos y espacios públicos en las ciudades de Resistencia, Sáenz Peña y Corrientes.

En 2018, la novela *Sabemos quién mató a Nisman* de Literatura Tropical fue incorporada en el programa del Seminario de Literatura Argentina Contemporánea II de la UNNE, a cargo de Lucía Caminada. El libro de investigación *Literatura Impenetrable: un itinerario literario contemporáneo sobre el Chaco* (Ed. Eudene 2021) dirigido por Lucía Caminada, analiza “La intervención del proyecto artístico de Literatura Tropical en la escena cultural de Resistencia”, por Laura Viviana Aguirre.



Alfredo Germignani - 1981. Nació en Resistencia. Es escritor, periodista cultural, dramaturgo, director de teatro, editor y ruidista. Trabajó en los diarios *El Diario de la Región* y *La Voz del Chaco*. Fue coordinador de Prensa y Comunicación en el Instituto de Cultura de Chaco y en el Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología. Fue director a/c del Museo de Medios de Comunicación "Raúl Delfino Berneri". Fue vicepresidente del Instituto de Cultura de la Provincia del Chaco.

En el ámbito literario, publicó las obras *Callaré como Pirrón* (fragmentos, 2006), *Diario de un fanático de Scarlett Johansson* (novelita, 2008), *Ciudad Espectral* (novela, 2011), *Rock* (novela con Guido Moussa, 2014), *Electrónica* (novela, c/ G.M., 2015), *Sabemos quién mató a Nisman* (novelita,

c/ G.M., 2015), *Literator* (poesía, 2018) y *Non-Fiction* (poesía & fragmentos, con Agustina Bartoli, 2018), *Donde duermen los gorilas* (cuentos, 2019), *Mary Elizabeth SuperStar* (novelita, 2020), *¡Alabadas sean las palmeras!* (poesía, 2020) En el ámbito del teatro, escribió y dirigió: *Hýbris o La desmesura en la tragedia postraumática pop* (teatro, «Mejor Espectáculo Performático y Distinción a la Dirección 2016»), *Hypertrofiadores o El Tiempo en la ciencia ficción* (teatro c/ Ariel Sobko, 2017), *Callaré como Pirrón* (versión dramatúrgica y performática del libro homónimo, 2018), *El Funeral de León* (co-escrito c/ Lucas Ameri, 2018), *Synodus Horrenda* (2022) y *Memento Mori. Tres actos y un epílogo antes de cruzar el río Aqueronte* (textos de Agustina Bártoli, 2022).

Produjo y participó de las experiencias sonoras de poesía *Non-Fiction* (2018) y *Selva Adentro* (2021). En 2018, la novela *Sabemos quién mató a Nisman* de Literatura Tropical fue incorporada en el programa del Seminario de Literatura Argentina Contemporánea II de la UNNE, a cargo de Lucía Caminada. El libro de investigación *Literatura Impenetrable: un itinerario literario contemporáneo sobre el Chaco* (Ed. Eudene 2021) dirigido por Lucía Caminada, analiza la intervención del proyecto artístico de Literatura Tropical en la escena cultural de Resistencia, por Laura Viviana Aguirre.

Junto a Guido Moussa, Agustina Bártoli y Laura Anahí Aguirre, trabaja en Literatura Tropical: una plataforma creativa que impulsa y produce proyectos editoriales, dramatúrgicos, performáticos y sonoros de poesía.

